

La Cruz del Sur

29

N.º



JOSÉ PEDRO BELLAN

MADERA DE FEDERICO LANAU

ROSAS de: Carlos Reyles, Alberto Lasplaces, Gervasio Guillot Muñoz, Eugenio Petit M
F. Diez de Medina, Juan Mario Magallanes, Ildefonso Pereda Valdez y Pedro
PERSONOS de: Carlos Rodríguez Pintos, J. C. Da Cunha Dotti, H. Díaz Casanueva, Ly
Z. D. Galtier, Carlos Alberto Garibaldi, Luis Alberto Gulla.
RABADOS de: Federico Lanau, José Cúneo, Vicente Urta y Bernabé Michelena.

M O N T E V I D E O

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Alfredo Vila - Editor - Cerrito 688 - Montevideo

SUMARIO

El gacho florido	Carlos Reyles
José Pedro Bellán	Alberto Lasqaces
El día - Versos	Carlos Rodríguez Pintos
Referencias	Gervasio Guillot Muñoz
Canto del nuevo y más alto explorador	J. C. da Cunha Dotte
Cuatro enfocamientos del mar	Eugenio Petit Muñoz
Tabla de las vacilaciones	H. Diaz Casanueva
Tango	Lysandro Z. D. Galtier
La revolución de Bolivia ante la América	F. Diez de Medina
Los pájaros azules	Carlos Alberto Garibaldi
Un distraído	Juan Mario Magallanes
Psicología de Jorge Brummel	Ildefonso Pereda Valdés
Elegía del signo	Luis Alberto Gulla
Con mi conciencia	Pedro Figari

Libros recibidos. — Notas y Comentarios. — Exposición Cúneo - Michelena. —
Visita al taller de Nicolás Urta. — Artistas nacionales.

PARTE GRÁFICA

José Pedro Bellán, Maderas de Lanau.
Cuadros de Nicolás Urta.
Cuadros de José Cúneo.
Escultura de Bernabé Michelena.
Retratos de Alma Reyles y Luis Mondino.

AÑO V

N.º 29

Agosto - Setiembre 1930

Montevideo

EL GAUCHO FLORIDO

(Fragmento de la nueva novela que Carlos Reyes tiene en preparación).
«Para La Cruz del Sur».

En la espesa negrura de la noche, noche brava, noche de perros, tres bultos sonámbulos vagaban sacudidos y arrollados por el ímpetu del pampero, que parecía pasar sobre las cosas achatándolas y alargándolas a modo de un enorme rodillo aplanador. A intervalos breves el relampagueo vestía el fantástico paisaje de lívidos claros: tintas tétricas, descompuestas, cadavéricas, y entonces aparecía en lontananza un rancho trémulo, un ombú furioso, un pajonal epiléptico, un llano que se encogía y alargaba cual si fuera de goma. Luego el cimarrón tronero deshaciéndose en cohetes y bombas hacía retumbar el cóncavo parche del cielo e iba rebotando de cuchilla en cuchilla cada vez más sordo, cada vez más distante hasta espirar allá muy lejos entre los anchos brazos del ventarrón.

El campo se cubría de agua. Por las sendas del ganado corría a borbollones y remolineaba airada en las zanjas. De tiempo en tiempo un estampido rajador precedido de un latigazo de fuego y quedaba un novillo, blanco generalmente, con las cuatro patas en el aire. De largo en largo una pausa cada vez más prolongada. Amainaba la lluvia, aplacábase el viento. Al cabo de media hora la tronada oíase como el rezongar de una perrada vieja detrás de las nubes.

De súbito una llamita azulada y bailadora surgió de las tinieblas como un milagro. Los troperos de "El Tala Grande" habían logrado hacer un fueguito.

Esta tarea tan simple les costó mucha pa-

ciencia y maña. Llegaron casi anochecido a aquel pastoreo, obligada etapa de sus frecuentes viajes arreando hacienda gorda desde la estancia a la Tablada. A tientas tuvieron que juntar bosta seca y leña de la resaca del arroyo. Después abrieron con los anchos cuchillos un pozo en la fangosa tierra; lo rellenaron de combustible y protegiéndolo del lado del viento con una carona dispuesta a manera de biombo hicieron brillar a fuerza de fósforos, sebo y pulmones, aquella llamita leve e inquieta como la luz mala que fué robusteciéndose y creciendo hasta convertirse en retozona llamarada, una pupila roja en el negro rostro de la noche.

Los troperos en cuclillas se amontonaron alrededor de la alegre fogata. Ateridos de frío antes, sentían ahora, cerca de la lumbre y dentro de los ponchos de invierno de grueso paño azul y forro de balleta colorada, cierto goce animal, goce de cueva. Habíanse cubierto la cabeza con espesos cojinitos puestos del revés y el agua resbalaba sobre los curtidos cueros e iba a chapotear en la tierra encharcada. Eran tres, dos criollos, aindado uno, rubio el otro, y un negro trompudo, lampiño y de ojos lumbrosos. Este puso la caldera sobre el fuego y empezó a preparar el mate. Los compañeros permanecieron inmóviles, cuajada la expresión del rostro en un gesto soporoso, la boca entreabierta, los párpados caídos, la mirada fija, pesada, córporea, asándose sobre las brasas como un churrasco.

C a r l o s R e y e s

JOSÉ PEDRO BELLÁN

La muerte de José Pedro Bellan, el primero de nuestros dramaturgos y de nuestros cuentistas, es uno de esos acontecimientos que ponen a prueba los optimismos mejor fundamentados y hacen vacilar nuestra fe en la vida. A los cuarenta años, en pleno triunfo y plena producción, un mal todavía no especificado abatió su vigoroso temple físico y nos lo robó para siempre. Su muerte, a semejanza de las de Florencio Sánchez, Herrera y Reissig, Lanau, Moratorio y Barradas, fué el cumplimiento de un designio obscuro y estúpido contra el cual no podemos esgrimir defensa alguna pero contra el cual nos rebelaremos siempre desde las más íntimas fibras de nuestro ser. Hasta hace muy poco tiempo nada nos hizo pensar en su prematuro fin y apesar de la inmensidad de los sufrimientos que hubo de soportar durante las postreras semanas, tampoco él creyó, en que su despedida estuviera tan cercana. Por eso quizá el choque con la realidad sin redención nos ha sido tan brutal y tan irreparable.

Bellan surgió muy joven a la vida literaria. Hijo absoluto de su esfuerzo, impulsado por su vocación, no fué uno de esos productos lógicos de los ambientes cultos y refinados cuyas tendencias se ven continuamente estimuladas. Nació escritor y así se hizo, a pesar de las condiciones opuestas del medio en que actuó en un principio, abriendo paso a su impulso sin vacilaciones ni tropiezos. Su robusta mentalidad aventó todos los gigantes que le salieron al paso y cumplió su destino, sonriente. En sus dos primeras obras que datan de veinte años, "Amor" un drama, y "Huereo", colección de cuentos, está ya Bellan enfero, con sus perfiles sustanciales, su modalidad inconfundible, su visión profunda y sólida de la vida. En sus libros posteriores fué desarrollando, cada vez con mayor maestría y dominio del tema, esos problemas que lo atormentaron siempre, ansioso de descubrir el sentido de la existencia, impaciente por hurgar hasta el fondo, el misterio que se oculta avaramente en nuestro ser recóndito. En ese sentido ningún otro escritor uruguayo se le asemeja desde que ninguno ha experimentado su sed inextinguible de penetrar en los grandes enigmas del alma humana buscando esa luz que adivinamos, pero que empecinadamente se nos resbala de las manos. En sus grandes dramas: "Amor", "Dios te salve", "La princesa Blanca Nieves", "La ronda del hijo", hay siempre una pregunta sin respuesta, una es-

pecie de fatalidad que responde a duo al canto amoroso y tierno que los alienta, algo así como una advertencia que nos indica que hay mucho más que las palabras que se pronuncian y que los pensamientos que se silencian. Un sentimiento de ternura y de impotencia llena el escenario y se convierte en una atmósfera traslúcida dentro de la cual se mueven los personajes como lentas marionetas encadenadas a una fuerza que no pueden vencer. Una emoción dulce y triste a la vez encadena el espectador a la trama que vive ante sus ojos y cuando el telón cae no sabe si lo que ha visto ha sido un sueño lejano llegado desde los más distantes repliegues de su misma vida o si lo que acaba de acontecer es realmente ajeno, si ha sucedido a otros. Añádase a esto un completo dominio de la técnica teatral, hasta de la más moderna aplicada a "Interferencias", y se tendrá una idea de los valores teatrales que encarnaba Bellan.

Otro tanto sucede con el cuentista, tan fuerte, vigoroso y original como el dramaturgo, apesar de que nuestros críticos, salvo el que esto escribe, no hayan sido capaces jamás de hacerle justicia. Los cuentos de Bellán, introspectivos casi siempre, muestran un temperamento de poderosa lozanía, desdenoso de la fácil aquilatación de las superficiales psicologías, e inclinado a densos problemas de psicología que a veces caen dentro de los dominios de Freud. En "Primavera", cuentos en todos los cuales son protagonistas niños o adolescentes, resplandece "El Alba" que es un trozo palpitante y cálido de todas nuestras vidas, ¡quién es capaz de abordar el gastadísimo tema del primer amor con su profundidad, su delicadeza, su verdad?. Los ojos se humedecen desde las primeras escenas y al tornar cada página nos vamos encontrando con nosotros mismos, con aquellos que fuimos un día, en la virginidad de nuestros sentimientos, y no volveremos a ser más. Quien así condensa, en milagrosa substancia, las horas más felices de la existencia, llega a las más altas posibilidades del escritor, a la más pura perfección de la obra artística. Tendríamos que citar la mayoría de los cuentos de ese libro y de los otros: "Doñarramona", "Huereo", "Los amores de Juan Ribault", "El pecado de Alejandra Leonard", para encontrar idénticas excelencias, turbaciones semejantes, hallazgos de la misma calidad sorprendente y profunda. La calidad de su obra narrativa no es inferior a la de su

obra teatral, y si ésta tuvo mayor repercusión hasta el punto de haber eclipsado casi completamente a la primera, se debió a que el teatro es más fácilmente accesible a los públicos ya que sus éxitos tienen mayor sonoridad y eco. Falta a la obra de Bellán la dedicación de un crítico penetrante y vibrante que sepa aquilatar sus grandes valores y ponerla al descubierto, como faltan críticos a la totalidad de nuestros buenos escritores, condenados a producir incesantemente e inutilmente, en un medio completamente opaco en donde lo más que pueden esperar es el pequeño sueldo periodístico de acunada recibo, que se fabrica de "elisé" sin

haber abierto el libro, el silencio rencoroso y envenenado del envidioso fracasado, o la indiferencia feliz del retrasado mental para el que la labor artística y literaria no tiene significación alguna como que está mucho más allá del alcance de su irredimible obtusidad. En resumen: incompreensión, incompreensión e incompreensión. La obra literaria de Bellán se salvará de ese abismo que esteriliza tantas esperanzas, y encontrará quien admirándola sinceramente sea capaz de hacerle la justicia que merece colocándolo no solo en nuestra dramaturgia sino en nuestro arte narrativo en el primer plano que le corresponde.

A l b e r t o L a s p l a c e s

E L D Í A

Para mis ojos:
una mejilla de niño
(nudo de ternura, de misterio y de leche),
el momento de un pájaro,
y una curva de perros perdidos en el sol.

Para mis pulsos:
(astilla de luz viva)
la cruz del sur abierta sobre un labio nocturno

Para mi frente:
la cara de mi padre
apagada en mi cara.

Y ahora,
que las sombras con miedo
aprietan hielos lívidos
bajo la luna verde caída de mi lámpara,

para mi corazón:
(círculos absolutos de metal y de vidrio)
la palabra del amigo,
y el silencio de una mujer.

Y mi día fué pleno, como un leño quemado.
Puro, como un reproche
Y perfecto, como una espiral.

París y Mayo.

C a r l o s R o d r í g u e z P i n t o s

R E F E R E N C I A S

(Para los que no saben donde está el Río de la Plata.)
(Del Libro en preparación "Vista Parcial del Río de La Plata")

Río de la Plata: el río más ancho del mundo.

En su desembocadura, más de 200 ks. se alargan desde el cabo San Antonio al de Santa María. Está formado por el enorme volumen de aguas dulces del Paraná, que viene del vigésimo paralelo, y por las aguas del Uruguay que llega de la Sierra del Mar.

Aventura milagrosa la de estas corrientes fertilizadoras que atraviesan dos climas suramericanos y se funden sin espuma — efervescencia engañosa — y con el júbilo verde del camalote navegante y desplazado. Gesta desmesurada la del río-estuario con marejadas y olas como el océano.

Río de la Plata: encontrado por el Piloto Mayor del Reino, 24 años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando charrúas y querandies vivían con todo su salvajismo desatado y frenético; cuando la comarca del Paraná-Guazú ardía en su inmensidad tupida y cambiante, en sus reservas desconocidas, en sus latidos huraños; cuando allá en la Metrópoli, Fernando V, ese fervoroso engullidor de tierras, acababa de anexarse Navarra, cuando estallaban por campañas y poblados los dos colores violentos del sambenito, y cuando el cartujo Juan de Padilla componía el *Retablo del cartujo sobre la vida de nuestro redemptor Jesu Christo*.

"Mar Dulce" llamó al Plata el primer hombre blanco que surcó sus aguas y que cayó bajo las flechas de los indios en cuanto se aventuró por la orilla izquierda.

"Paraná-Guazú" o río como mar le llamaban los aborígenes en su decir completo, estremecido y sin ambages.

"Río de Solís" le pusieron los compañeros del Piloto Mayor del Reino en recuerdo del que fué su descubridor, en memoria de aquel Juan Díaz de Solís, navegante oriundo de Lebrija, que ocupó el alto puesto de Piloto Mayor, vacante desde la muerte de Vesputio, y que aprendió en sus propias entrañas lo que era una punta de pedernal arrojada por los indios.

"Río de la Plata", nombre que fué rastacuero en labios de los aventureros que paliaban de emoción al pensar en el posible descubrimiento de una mina de riquezas. Nombre arrastrado y manoseado en las travesías, cuando el afán del lucro violentaba

los timones y era el destino de los hombres de mar.

El nombre de Río de la Plata nació del error y de la codicia. Los aventureros mercenarios, los vagabundos megalómanos, la avidez de los corsarios hicieron sonar el nombre de Río de la Plata sobre todas las naves y sobre todos los puertos. Los relatos de las riquezas descubiertas por el portugués Alejo García fueron culpables del último nombre del gran río.

El falso presentimiento de una comarca de opulencias, el fetichismo del "fabuloso metal" que guardaban bajo la armadura los conquistadores contados por Heredia, la noción simplista de un universo quimérico, el sueño hedonista y esotérico de "El Dorado", los viajes de Gaboto en busca de Tharsis y de Ofir, todas las ambiciones tentaculares que por encima del océano sacudían las mesetas y los trinquetes hicieron que el río como mar llevara un nombre indigno y mezquino.

Chafalonía, oropel, pillaje, encomiendas... El nombre de Río de la Plata no es más que eso. En cambio, el de Paraná-Guazú se prestaba a la envergadura del estuario y hasta sabía medir su tamaño. Paraná-Guazú, río grande como mar. Este nombre comparativo da la idea de la extensión de sus aguas, es una captación especial realizada por los indios.

Y ahora, dos renglones de cifras para dar razón a la voz indígena:

Superficie del Plata: 35.000 ks².

Medida de su cuenca: 170.000 leguas.

Han pasado tres siglos de flujos y reflujos desde que el gran río se llama de la Plata. Este nombre ha perdido la bajeza de sus orígenes, su sahumero de venalidad, su ruido de monedas sobadas por los negreros. Por su valor fonético, su gallardía desenvuelta y sus acentos arreadores; como testigo de las hazañas de sus ribereños el actual nombre del río ha podido rehacerse, templarse y levantarse; ha merecido denominar toda una comarca del Nuevo Mundo.

Es de noche. Corre sobre las aguas el recuerdo de aquello que contaba el almirante Lobo a propósito del terror que los navegantes sentían en el Plata al que llamaban "el infierno de los marinos".

El transatlántico a triple hélice, entre las calaveras y hamaceros que le hacen dar el gran río, se aleja de las costas inquietas evitando la anchura medida por las rocas. Entonces, el pasajero sobre la cubierta puede ver los destellos seguros, laboriosos, más rápidos que relámpagos, de los faros que, detrás del horizonte, arrojan un resplandor circular, un effluvio lechoso y fugitivo que se moja en las aguas y desaparece antes de diluirse. Esos faros ocultos por la curvatura planetaria, que nimbán a cada destello una zona del espacio, son la palpitation regular que viene de las playas y atraviesa la noche. El pasajero se tranquiliza pensando en las toneladas de prudencia que carga el buque al doblar el cabo Polonio.



Al poner estos renglones que se proponen ser referencias, he vuelto a mirar el mapa del Río de la Plata de Bellin, ingeniero de la marina francesa, trazado en 1756 y publicado en el tomo IV de la "Historia del Paraguay" de Charlevoix. Errores topográficos de la costa argentina que aparece muy deformada en el cabo San Antonio; alteraciones de las penínsulas uruguayas de Maldonado y Rocha; ineptitudes de escala y descuerdo en la colocación de los paralelos. Sin embargo, ese mapa que tanto violenta la realidad geográfica, tiene cierta calidad de reposo, a la vez ingenua y lozana, un atractivo suave, un mecimiento de cuento añejo con torpezas empolvadas, una vislumbre de antiguas coloraciones, un sabor a esas eróticas que, sin ser harto picantes, estimulan como un relato de viajes hecho con buen humor y mejores palabras. En un ángulo, la leyenda: *Carte de la rivière de la Plate*, dentro de un recuadro cuidadosamente *rouille*, como si al mapa le faltaran amabilidad, ornamentos y pormenores recreativos.

Este ejemplar de la primera edición de la "Historia del Paraguay", protegido por la sólida encuadernación que se hacía en el siglo XVIII, se me apareció un día en un anticuario de la orilla izquierda del Plata. A través de un polvillo velador y discreto pude ver en letras de oro viejo el nombre del autor. Supe entonces que Charlevoix, aquel pirarri misionero jesuita que anduvo por las misiones del Canadá en los últimos años de la Regencia, había surcado el Plata de paso para el Paraguay. Imagino lo que sería el celo apostólico del misionero en plena selva paraguaya, sometido al estado de naturaleza y anegado por la tierra inagotable y caldeadá. Imagino lo que sería el viaje del jesuita a través del océano en aquellos tiempos

en que las supersticiones cubrían hasta los mástiles y los piratas blasfemos hameaban la lejanía.

Entre las piezas justificativas de la "Historia del Paraguay" encuentro una carta del rey católico al provincial de los jesuitas y otra al papa Alejandro VII escrita por Alfonso del Pozo y Sylva, aquel obispo de Tucumán que caminó "más de mil leguas" en una zona salvaje para visitar las misiones del Paraguay y cerciorarse de la virtud cristiana de los prelados que atravesaban los dilatados llanos con el fin de socorrer a los indígenas durante la peste que asoló la comarca.

Encuentro más cartas, informes, certificados. Me acuerdo de los otros libros viejos que se aletargaban en una penumbra quieta bajo un polvillo impalpable y soporífero, en los estantes del anticuario de donde me llevé la "Historia del Paraguay". Libros piadosos, tratados de náutica, de astronomía, de física, novelas de aventuras, hagiografías en latín, un poco de beaterio y misasnas librecasas. Me acuerdo de esos libros y de otros muchos más que nunca tendré ocasión de leer y pienso en el aire libre, despejado, de una tibieza que lo hace más ágil y corredizo, el aire que palpita en las orillas del Río de la Plata, allí donde viven dos estados libres como el viento que los atraviesa, y humedecidos por el gran río.

Los que para explicar todos los fenómenos sociales y la actividad creadora de un pueblo no observan la relación entre las acciones y reacciones de la geografía y de la historia, sino que se atienen rigurosas y únicamente al determinismo geográfico, se echarán al río de la Plata para buscar en él algún rasgo irreductible del carácter de sus ribereños. Si se enredan en un camalote arrastrado por aguas dulces ya encontrarán motivos para confeccionar más explicaciones arbitrarias a base de simplismos. Los que para descubrir el ángulo individualizador no precisan hacer, lupa en mano, todo el inventario del medio, tendrán mejor oportunidad de conocer esta comarca del nuevo Mundo.

Al poner aquí estos renglones acerca del Plata no se me ha ocurrido ni por un momento "explicar" la Argentina y el Uruguay por el gran río y como fatal consecuencia de ese accidente hidrográfico.

Para entrar en explicaciones de esta índole (que procederían, en realidad, de teorías antiguallas) sería indispensable haber perdido el sentido de la medida y haber olvidado la historia de las ciudades nuevas.

CANTO DEL NUEVO Y MAS ALTO EXPLORADOR

Tengo los ojos vigilantes en la luz más alta de esta nueva mañana
porque el amanecer me sorprendió en la sombra más subida en la noche.
Hoy ya tengo el corazón latiendo entre flocos y rocíos,
porque llegué flotando del arenal más frío

Por eso y desolado de la amargura

hoy soy el más alto explorador,
Soy el explorador de las claridades más lejanas del alba,
navegador de los pasos iniciales del día.

Y desde hoy,
vigía de una torre nunca imaginada,
seré la antena estremecida para cacuchar las músicas más puras
y más limpias y no tocadas!
Y tendré el reflector en alto en la mano alerta
para romper toda sombra que intente allegárseme.

Veo lejos
allá abajo
las olas ebrias y enloquecidas
en su continuo juego de agonías
bajo el pecho amoroso de las claras gaviotas.
Pero mi frente descansa apoyada en la frescura que sube de los ríos
cuando la mañana esponja cabelleras de rocío.

Y más lejos aún
casi extraviada
entre pájaros y campos

veo mi niñez. Allá,
Allá
quedaron mis días nacientes y hurafios
subidos
como contemplándome,

desde aquel día de otoño de sol palideciendo
en que me volé como un pájaro emigrante,
de mis sierras ariscas

hacia el horizonte...
Después mi alma estuvo aleteando
doliente y herida

en eso que vaga
entre el cielo desnudo y la tierra dormida
en las noches de luna...
Y fué que tempestades de recuerdos me hablaron, entonces, hasta el llanto.
Y tuve en los labios un envión de palabras dolidas y extrañas.
Oh, aquellos ecos de sombrías tumbas y hurafias cavernas.
Oh, la palabra lastimada y siempre huyente de los nocturnos vientos.
Oh aquel llanto de niño que había dejado solo en medio de la noche...
Así se oyen, en la noche enorme, los pajaritos asustados y llenos de frío!

Pero ya soy el serenado caminante de los espacios de cristal.
Ya siento la alegría de las alas del pájaro que tocan la luz naciente del alba
después de la travesía angustiosa de la noche.

Hoy mi frente es el más puro y divino rompehielos
que avanza por las blancuras más altas de los espacios transparentes...

Muy lejos,
muy lejos quedaron los nocturnos girantes
en su danza pausada y sombría.
Y el canto que viene en las alas errabundas de las mariposas.
Ya estoy más allá de todo eso.

Y el llanto que hay moja mis mejillas
es más cristalino aún que el agua virgen de los rocíos.
Porque ya no lloro por las tardes asombradas y murientes
que se arrodillan, enmudeciendo, como junto a abandonadas tumbas.
(Ah, aquellas tardes que se iban.

seguidas de mi corazón
que piaba desesperado como un pájaro que le llevan su nido!)
Cuando el crepúsculo hunde su clamor palideciente en la noche cercana,
yo ya soy el primer pájaro que canta
en la vanguardia
de la madrugada
azulina y musicante.

Oh, yo el magnífico explorador de las distancias no alcanzadas,
dominando el panorama de blanquísimas lejanías,
ya sintiéndome todo como entre mármoles diluidos!
Oh mi alma amanecida

de prunto
en este delirio de no imaginables blancuras!

Madre:

y tu recuerdo que fué la única dulzura que me sostuvo
en mi terrible escalamiento,
hoy lo llevo en el punto más alto y más bueno de mi frente,
mi frente renacida que ya alea en las claridades máximas.
Oh, madre mía,
a quien dejé allá en la pureza inviolable de mis sierras
entre la sinfonía celeste de los pájaros que vienen del río...

Cuidadora

del rebaño
dorado
y saltarán

de mis días pequeñitos...

Por eso mi recuerdo purísimo hoy sólo en tí puede descansar.
Y sólo por tí será el nuevo afán

de conquistar

nuevas y ya imposibles blancuras

en la región

fundamental
donde remarán, delirantes, mis alas elegidas!

1930

J . C . d a C u n b a D o t t i

CUATRO ENFOCAMIENTOS DEL MAR

(DEL LIBRO EN PRENSA "EL CAMINO")

LA ESTÉTICA DEL MAR

Expansión libre de la belleza múltiple y una, en el mar está, entre todo lo creado, el arte sumo de la naturaleza.

Cada gesto, la más leve actitud, la menor muda de ánimo de su ser eternamente inquieto y cambiante, realizan un aspecto distinto y cabalmente alcanzado de belleza. En el continuo renovarse de valores estéticos que es su vida, cobran imperio igual lo sublime, lo bello y lo agradable, lo grandioso y lo risueño, mansa dulzura y acritud horrorosa, solemne majestad ahora, divina gracia luego... Caben en él, a un tiempo, la belleza perenne de lo absoluto y el encanto fugaz e inasible de lo transitorio y relativo; fuerza imponente de mole aplastadora, e idealidad sutil e inmaterial de espuma; cadencias rítmicas constantes, y agitación sin orden ni medida, o lentos estiramientos que no se advierte cómo nacen ni cuándo toman fin. Ya se aduerme, sosegado y henchido de éxtasis, ya golpea con la obstinación ciega de la fe, con el fervor del poseído, ora se entrega al divagar amable y ondulante del escéptico. Tensión y aflojamiento; escupir recio en el curvarse del esfuerzo jadeante, lento babear en la blandura de una lasitud indolente. Conde su alma, vasta como la vida, la impenetrabilidad, la soberana indiferencia, que está en la línea inmutable de su horizonte; y la pasión, que vive en el moverse de sus olas: desasosiego tremendo de lo trágico; ímpetu del acometimiento heroico; arrullo tierno, todo caricia embelesante.

Ha resuelto, en una armonía preestablecida e integral, todas las antinomias de concepto de nuestra estética de creación humana: el espacio y el tiempo, la plástica y la acústica, la expresión y la forma. Siendo hondo, anchuroso, ilimitado en longitud, es realidad corpórea, triplemente extensa, como la escultura; y de ella tienen, las musculosas masas de agua que componen su carne, la nobleza vigorosa, la amplitud en el gesto, el opulento modelado. La posibilidad indefinida de los colores, de los tonos, de los matices, de la luminosidad, de la sombra y de la línea, y la infinita perspectiva, y el ofrecerse a la mirada en un plano tendido, tiene de la pintura. De la música, el ritmo y el sonido; sinfonia roncá y trágica, inexpressable por los medios humanos, en el choque restallante de las voces de las olas; acorde inti-

mo y recogido en el llegar, casi callado, de la onda que muere en la arena. Fusión sutil, en lo subconsciente, de acústica, de plástica, de deleite olfativo, con calor de emoción e inquietud de trascendente ideología, la poesía ha plasmado también en la estética del mar: en todo lo que su agilidad del colorido y de la forma, su fuerza sonante, su fragancia penetrante y amarga, y el aliento evocador y la nostalgia indefinible que de infinitas lejanías trae, nos cuentan de aventuras, de hazañas, de leyendas, de vidas y ambientes ensoñados; en el sacudimiento que nos hace sentir la presencia de su eternidad viva; en todo lo que, no pudiendo expresarse en lenguaje, sugiere en intuición extraña y vaga.

Pero no es pintura, ni escultura, ni poesía, ni música. Ese cuadro tumultuoso y polifónico, de saltantes relieves, oliente, áspero y tonante, ese complejo sensorial que nos inunda de un golpe, si puede desdoblarse, ante el análisis intelectual, en una suma de diferenciados modos artísticos, es, frente a nuestra sensibilidad, y bajo todos los cambios de estado de alma que en ella pueda producir, fuente de una sola calidad de emociones; es una totalidad indiscernible de belleza, una categoría estética específica: la estética del mar. Y ese concepto no cabe en la clasificación de las artes humanas.

1919, REVISIÓN DE 1939

LA METAFÍSICA DEL MAR

¿De dónde huyen las olas desde los tiempos sin memoria? ¿Por qué corren así hacia la tierra y se retiran sin llegar hasta nosotros? ¿Qué arcano mensaje traen para el solar de los hombres que no nos quieren revelar?

El secreto del mar... Si procuramos alcanzarlo, si nos lanzamos a cruzar la superficie, si penetramos en lo hondo, ¿lograremos acaso poseerlo? Miro la ola que avanza. ¿Qué guarda dentro, que así cierra la comba? Viene toda cargada de misterio... Quiero cogerla al llegar a la playa, y se me escapa de las manos: transparente, cándida, mostrando al desplegarse de su clara desnudez que desconcierta, desaparece dejando en la arena, frente a mi interrogante, tan sólo una impresión de humedad y de luz, que al punto se disipa.

Y el ambiente del misterio marino se adentra mucho más, todavía, en la tierra. El aliento del mar, la humedad, el olor acre de las sales, con su intensa fuerza impregnante, llegan mucho más lejos que la ola, y su zona de penetración difusa es como un halo que esfuma, en los aires, la nitidez del límite entre las aguas y la costa.

El mar, que así asalta, enigmático, eternamente a la tierra, es el misterio que asalta, también eternamente, a la realidad. Así lo incognoscible acecha y envuelve a nuestra vida, y nos escapa cuando ya hemos creído aprisionarlo. Mas me alienta pensar cómo la realidad, a la manera de la tierra frente al mar, se defiende, en nosotros, de una total anegación; cómo velan para ello (tal la empujada costa) el buen sentido, la intuición y las fuerzas vitales de los hombres, cuyo poder en la conciencia ninguna obsesión de extrañas metafísicas es capaz de quebrantar. En medio a los embates de las ideologías, vive aún en el alma la firme realidad. Pero los confines de nuestra realidad, como las playas que limitan la tierra, están todos empapados y ahumados de misterio...

1919

LA MORAL DEL MAR

Gigantesca conciencia moral, eternamente activa y encarnada en materia física incorruptible, energía ética corporizada, infinitamente dinámica y siempre dueña de sí misma, revelación objetiva de vastísimos deberes en movimiento, del juego vivo de todas las virtudes, de la idealidad más profunda e inagotable, de una rebeldía immanente y absoluta contra todas las contaminaciones. Ya alguien señaló que el mar es el redentor que depura todas las suciedades y todas las podredumbres: y debe decirse, aún, que las convierte en potencias activas de bien, trasmutándolas en su propia sustancia, límpida y fuerte, siempre nueva, primaria y esencial.

Tiene todas las maneras superiores de la inquietud moral. La simpatía por las solicitudes para la acción que llegan de afuera, la comprensión del medio y del momento: sigue el impulso de las brisas, de los vientos, de las tormentas, se agita y se conmueve en el entido de ellos, pero no se les entrega hasta la total anulación: la fuerza de reacción que hace sentir en las resistencias activas que ofrece a la penetración del aire en movimiento, es la fuerza de la propia personalidad, de que jamás abdica. Una sinceridad total le hace vivir rectificándose incessantemente en la medida en que vayan cambiando los motivos. Una abnegación en constante trance de sacrificio hace que las olas mezquinas, sin dejar de colaborar, como supports, en un vasto sistema de solidaridad activa, se oculten y cedan para que se alcen

y ocupen su lugar tan sólo las que deben mostrarse por ser más altas, más luminosas y más fuertes. Es el ejercicio de las virtudes cotidianas, de los deberes episódicos, del acto moral efímero. Y su sensibilidad moral frente a los problemas ajenos no es menos absoluta en los casos en que no es menester traducirla en movimiento: se colorea según lo vaya haciendo el cielo (la idealidad vaga del ambiente), refleja el sol (el ideal cierto e imperioso), la luna (el ensueño dulce y extático), la nube (la pesadumbre, la gravedad meditativa), el rayo (la cólera sublime), las estrellas (los ideales lejanos).

No es más que eso lo que, de su conciencia moral, ha debido socializar, someter a la acción de las influencias extrañas y contingentes. En lo demás, su fuerza ética arranca sólo de ella misma, aunque sigue sirviendo a los otros tanto como a sí.

Su austeridad, desde luego: no halaga con dulzuras ni con tibiezas; tónico áspero, sin cesar vigilante, estimula, acicatea, sacude, cáustico, irritante, rudo, sin olvido, sin tregua, sin desmayo.

Y también las grandes orientaciones propias y definidas de su acción. Las corrientes marinas son la sistematización coherente de su dinamismo enderezado hacia finalidades conscientemente buscadas, son el imperativo de su vocación de creador de bien, son su perseverancia heroica, son los caminos de su voluntad empeñada en un esfuerzo sostenido y constante para corregir excesos, para reparar deficiencias, para templar, para proteger, para vitalizar, para fecundar.

En el fondo, medita y sueña. Es infinitamente amplio el ámbito de sus recogimientos. Es íntimo e inviolado. No llegan hasta allí las urgencias de lo relativo. Es el reino de lo absoluto. Sumergido en sí mismo, el mar se crea allí un mundo suyo y singularísimo, del que sólo a él es dado gozar. Su ensueño hace vivir fantásticas criaturas, flores inverosímiles, tenuísimas delicadezas fibrilares, musculosas y nervudas arborescencias rojas, severas columnatas, abismos y montañas, grutas remotas que se pueblan de mitos. Quizás la oscuridad insondable, que creemos sólo herida por momentos por el vertiginoso latigazo cimbreado de viscosas fulguraciones, conozca también las iluminaciones lentas de diáfanos plenilunios interiores; quizás del fondo de los silencios solemnes se eleven las ondas estremecidas de inefables coros seráficos, que los ecos del agua filtrarán dulcemente en un encantamiento de sordinas armónicas y deleitosas. Algunas veces turban los éxtasis submarinos visiones horriboras y espantables, y es porque la conciencia profunda del mar necesita concebir y vivir las más atroces formas de tragedia, sufrir el mal dentro de sí, llegar a soportarlo, supe-

rar el terror, para alcanzar la santidad y hacer manar la fuente de los bálsamos aplacadores. Y así, cuando la forma repulsiva se ha esfumado, ¡qué serenidad augusta, qué inmensa beatitud, qué soberana paz, qué suprema frescura tienen las meditaciones y los sueños del grande sabio en aquel reposo de eternidad!

La hondura del mar es lo que no se ve. Pero todo lo otro, las inquietudes y la acción, se apoya, descansa, en la profundidad: en el ensueño y la meditación.

1029

LA PSICOLOGÍA DEL MAR

Mar agitado, mar sereno. ¡Pasión y frialdad de ánimo! ¡Dinamismo y quietismo! ¡Fogosidad e indiferencia! La impavidez del mar no está sino en nuestro ojo, cuando creemos verla en el enigma rígido de su horizonte, y nos parece que está allí sólo porque no percibimos el oleaje de las lejanías. Jamás hay una tregua en la inquietud del mar. Mar agitado, mar sereno, son siempre movimiento. La idea de una serenidad inquieta era en mí como una intuición que no había logrado nunca precisar ni comprobar, cuando me detuve a pensar en la evidencia de este hecho de que el mar sereno sea también inquietud. Y hallé pronto una fórmula, una ley, que expresara la razón de los dos diferentes estados anímicos: la agitación es el predominio de una inquietud o más en un conjunto de inquietudes, y la serenidad es una armonía de inquietudes.

En el oleaje recio las ondas se entrecrocan, se estorban unas a las otras, y en la lucha hay vencedoras y vencidas, y las crestas que más alto se alzan dominan por momentos, en el vértigo de su incesante renovarse, sobre el moviente cuadro. Más inequívoco se percibiría este sentido de la exaltación del mar si se pudiese seguir su desarrollo a través de un "ralentisseur", que permitiese apreciar la persistencia o la mayor intensidad de ciertos movimientos de las aguas sobre los otros. Pero una observación atenta y un poco de flexibilidad en la imaginación reconstructiva y de agilidad en las interpretaciones bastan para efectuar esta verificación, si se la intenta sobre lo vivo.

En el mar sereno las olas cumplen, en cambio, fácilmente la parábola de su trayectoria, y el desenvolvimiento de cada proceso dinámico es como un deslizarse suave de ondulantes curvas sobre elásticos e invisibles ajustes, siguiendo el ritmo tranquilo e incesante de equilibradas impulsiones. Diríase el rodar de un engranaje fluido, preciso pero sin durezas. La gracia de los movimientos está esparcida por igual en toda la superficie, y ésta se siente a un mismo tiempo henchida de infinitas tensiones.

La serenidad es una armonía de inquietudes.

Quiero ensayar una comprobación de este concepto confrontando la experiencia del mar con otras visiones de serenidad, por ver si es susceptible de generalización y si puede llevarse, todavía, después del necesario examen directo, hasta ser comprensivo de la del espíritu. Por huir del peligro de las palabras, buscaré hechos sentidos universalmente como serenidad, de contenido sustancial inequívoco. Cuando todos los hombres de todos los tiempos han llamado de un mismo modo a un estado de conciencia, y lo han experimentado siempre frente a idénticos estimulantes de la energía anímica, cuando concurren la igualdad de la excitación, la de la reacción y la del nombre con que infinitos sujetos designan tales hechos en que su propio espíritu ha operado, no existe posibilidad de confusión verbal: el concepto está definitivamente fijado.

Concreción lentamente elaborada de la psicología colectiva, y, por ello, inalterable, es, así, el sentido de la serenidad: de la serenidad del mar, de la serenidad del paisaje, de la serenidad de la noche estrellada, de la serenidad del coche o del aeroplano en movimiento, de la serenidad en el arte, de la serenidad del alma. En cada una de ellas intentaré la verificación de mi fórmula, sin contar la del mar, en donde he creído haberla encontrado ya.

La serenidad del paisaje no es la del paisaje lunar, ni la del páramo: éstos no son serenos; son rígidos, resecos, muertos. Es la serenidad del paisaje vivo, en el que todas las fuerzas dinámicas de la tierra se mantienen como en invisible tensión. Están ocultas, pero las antenas de nuestra subconsciencia sienten que un perpetuo trabajo de energías vitales late, difundido por todas partes, en los árboles, en los pastos, en las aguas, en la sorda sinfonía de la savia circulando por el verde laberinto de infinitas tuberías, del plasma germinador centuplicándose en un ritmo inasible y crugiente, de las lluvias pasadas filtrándose bajo la tierra, de las que están por venir, elaborándose, invisibles, en los vapores esparcidos. Los efluvios fecundos, la crepitación densa de mil voces sobre la pasta suave de los ecos, estremecen secretamente la raíz oscura de nuestro espíritu y nos hacen sentir el paisaje como algo vivo. Sólo aparentemente hay inmovilidad, y es porque la fuerza viva del aire se ha reducido, dejando de correr como viento, y su dinámica escondida ha venido a armonizar con la dinámica, también escondida, de las demás. Pero si dejáramos de sentirnos tocados por la presencia de su tibia blandura, por la húmeda insinuación de sus aromas rústicos, si se hiciera de golpe un silencio absoluto y

creyéramos que todo se había petrificado, se aflojaría bruscamente la tensión invisible de la serenidad, y el ambiente caería en la dureza muda del paisaje lunar.

La serenidad de la noche es, en el claro de luna, la del paisaje vivo. La presión suave de los hábitos, el rumorear incierto, el sentimiento de las circulaciones secretas, están más empastados, todavía, por la diafanidad velada que transporta todos los tonos a la gama de los azules vagos y de las platas opalescentes. En el cielo estrellado el movimiento armonioso, más que de la abstracción razonada que concibe el orden cósmico, el girar de los mundos en órbitas de abismantes matemáticas, surge de la composición del cuadro sensible, de los equilibrios de distancias, de dimensiones, de geometrismo, que semejan agrupar o dispersar a las constelaciones espaciadas por grandes campos azules; de los sesgos rítmicamente contrapuestos, que, en tanto parece tienden a desaplazar a unas hacia lo alto, hacen a otras amagar una caída, a otras ordenarse en círculos reposados y amplísimos; de la variedad infinita de las intensidades y de los fulgores; del concierto con que el ojo dulce de un planeta compensa el temblor de los diamantes agudos y el clarear difuso de las nebulas. Si los focos estuvieran todos, en cambio, equidistantes, y su luminosidad fuera idéntica, la noche estrellada sería una sensación de inmovilidad, le quietud fría, de regularidad inexpresiva y monótona, no de serenidad. Ni son noches serenas las noches sin luna y sin estrellas, y es porque una oscuridad en donde, a lo sumo, predominan los solos movimientos del viento y de las nubes sobre un fondo indiferenciado, no puede sugerir una totalidad armoniosa de inquietudes.

No es sereno, sino inerte, el coche cuando duerme bajo el techo. Es torpe cuando empieza a marchar, y no se pone sereno hasta que corre sobre el camino llano y firme, y su carrea uniforme y armoniosa es entonces la resultante de cien fuerzas que se mueven concertadamente, desde la voluntad y el brazo del auriga, el juego de las riendas que empuña, la tensión de los tiros, los frotamientos suaves del correaje, hasta el girar de los ejes y las ruedas, la flexión de los muelles, la actividad total del organismo de las bestias que se distiende acompasadamente para el trote.

No es sereno sino inerte, también, el aeroplano en reposo, y es brusco o desatentadamente impetuoso cuando levanta el vuelo. Sólo llega a alcanzar la serenidad cuando se llena de velocidad y lo sostiene equilibradamente, en una gracia uniformada de impulsiones, la armonía de todas las tensiones que obran sobre su marcha, la psicológica y la muscular, las del motor, de los soportes

y de las alas, la presión atmosférica y el curso de los vientos.

La serenidad en el arte es ya serenidad del alma. Elaboración directa del espíritu, es el artista que ha impreso en su obra su propia serenidad interior: bien ha devuelto al barro, a la tela o al poema la del modelo — personaje o paisaje — que se había consumstanciado con su emoción y su concepto estético hasta identificarlos con él, bien ha expresado en palabra o en música una serenidad meramente subjetiva. La seguridad de los medios, el dominio de la técnica, manejados por las potencias todopoderosas de la intuición artística, hacen que, al concretarse en obra, nada se pierda de la intimidad viva del creador, que se ha volcado todo en ella. Los medios de la realización estética son sólo el lenguaje, en absoluto transparente, del genio: lenguaje pictórico, lenguaje escultórico, lenguaje arquitectónico, lenguaje poético, lenguaje musical. Transfiguradas por el trance milagroso que ha de prestarles una vida de eternidad, volvemos a encontrar, incontaminadas en su reencarnación suprema, la serenidad del paisaje, la serenidad del claro de luna, la serenidad de la noche estrellada, y sabemos ya que ellas se pueden descifrar, objetivamente, en una armonía de inquietudes. En la diosa estaturaria o la estampa seráfica, tocamos sólo, en cambio, la serenidad del alma del sujeto representado, y en la serena expresión arquitectónica, poética o musical, la del espíritu que las ha engendrado. La esencia de esta serenidad es ya de contenido exclusivamente humano, y penetrar en ella equivale a plantearse el problema mismo de la serenidad del alma, al cual hemos llegado atraídos por la propia gravitación del mundo del espíritu, cuyos círculos hemos traspasado ya.

Quiero eludir el vicio del apriorismo a que me llevaría el aplicar aquí las conclusiones alcanzadas en el dominio de lo físico para formular una ley de la serenidad. Su verificación hecha sobre el mar fué sólo el punto de partida de mis cavilaciones, el estímulo inicial que me incitó a intentar una investigación introspectiva, a la cual me impulsaron aún más las comprobaciones que encontré a mi definición al recorrer otras formas sensibles de lo sereno. Pero el abismo que es menester saltar para internarse en la esencia, sustancialmente diversa, del alma, obliga a olvidar todo lo averiguado fuera de ella, y a recomenzar directamente, con la visión enfocada exclusivamente hacia adentro, y despojada de todo perjuicio contagioso, el análisis de los fenómenos de conciencia en que pueda traducirse la serenidad del alma.

Hay una serenidad que podría llamarse

de percepción, y que dimana de especiales cualidades estimulantes del objeto, cuya captación total por el sujeto hace de éste un reflejo perfecto de aquél. Cuando concurren las condiciones objetivas que forman la serenidad del paisaje, de la noche, del carro o del avión en movimiento, de la obra de arte, y el espíritu las aprehende totalmente, se hace éste una copia viva de esa misma serenidad, y su tensión psicológica es, entonces, una armonía de inquietudes.

Hay otra serenidad que podría llamarse de inhibición. Es un freno de la exaltación anímica: para contrapesar la explosión del *pathos* emocional, de la alegría, del terror, del odio, del amor, el espíritu pone en juego otros resortes del dinamismo psíquico, y cuando esa suma de movimientos del alma ha alcanzado a equilibrar la fuerza de los que habrían provocado en ella el ímpetu

desgovernado, la serenidad se ha producido, y aparece como un proceso de potencias activas acordadas en una idéntica tensión. Es también una armonía de inquietudes.

Y hay una serenidad de floración interior. No se muestra a la introspección como estado despresivo, ni como estado de inercia, ni como estado de torpeza: no es, por lo tanto, un estado de quietud. Es un movimiento del alma, pero no exaltado, ni desequilibrado; y no es tampoco inquietud de una sola potencia, porque sería idea o volición o sentimiento obsesionante, y la serenidad se siente, por el contrario, como estado de plenitud. Es el fluir homogéneo de la energía psíquica totalizada, la riqueza interior que se expulsa, espontánea, en la eclosión solidaria y armoniosa de sus vuelos, la trama viva de todas las reservas del espíritu concertadas en coro: esta serenidad del alma es también una armonía de inquietudes.

1929

E u g e n i o P e t i t M u ñ o z

T A B L A D E L A S V A C I L A C I O N E S

El sombrío color de mis caballos cubre al mundo
reprime mi corazón hasta que las luces son atadas,
golpeándome las sienas, lo que moraba en ellas,
he arrancado desamparándome hasta una pureza sin más.

Cernido el pecho por una claridad sin límite,
ávido de una fría forma, un número inexorable,
me corre un aceite fresco de sentido en sentido
cuando la raíz del día se mueve en las sienas vanas.

Ay, me cansa el dormir, espejos ciegos me duelen,
lo logrado es apenas un destello bajo el agua,
quiero el glorioso día flotando sobre piclagos nocturnos,
mi frente reconquistada como armadura blanca.

Pero el corazón descende de viejas dinastías de secretos
y cantando sigo en el recuerdo de lo que jamás he visto,
mis párpados descienden hasta más abajo del alma
para que siga gozada mi frente por sus abismos tenaces.

H . D í a z C a s a n u e v a

T A N G O

Ton pas embrouillé et las comme celui d'un ange
lourd et joufflu
attardé en des étages d'ombre
tire du ciel et de la terre à la fois

Tu entraines une raide resplendeur d'angoisse
amèrement rassise
et une forme d'espoir te suit partout
comme un chien sans maître.

Je comprends l'inflexion de ta prière
qui vient du cœur même du soir
et gagne la banlieue comme un sommeil.

Tango:
tu est l'Angelus de la banlieue;
celui qu'on entend prolongé en lambeaux d'âme
sur les hauts trottoirs des lents quartiers rosâtres
où la lune et la vie se retardent.

Lisière du sentiment.
Tu est si passionné que le crépuscule.
Et tu as ses manières.

Tu opprimes la chair emportée de la foule,
mais la force toute du fatalisme tient encore
dans l'ombre ramassée de ton pas
qui m'obsède.

Buenos Aires.

L y s a n d r o Z . D . G a l t i e r

LA REVOLUCIÓN DE BOLIVIA ANTE LA AMÉRICA

Bolivia ha sido siempre un paradigma democrático para el continente. Ayer, 1809, cuando los vientos de la rebelión cundían por la América, enclavando la primera saeta libertaria en la masa informe del régimen colonial y hoy, 1930, dando el más bello ejemplo de respeto a sus instituciones al hacer cumplir la Carta Fundamental de la nación con la fuerza multánime de la causa revolucionaria.

La órbita de la Humanidad acusa la iniciación de una vuelta cuyas proyecciones escasamente se llega a sorprender desde los planos de la simple conjetura. Los conflictos son mundiales. La evolución total. Las morfologías gastadas y los moldes inservibles.

Cada continente, cada nación, tienen frente a sí un complejo de problemas abrumador que la lucha de 1914 ha precipitado. Se quiere salir adelante.

Desconcierto o temor de un pretendido debilitamiento han dado lugar a una momentánea reacción del "cesarismo"; Mussolini, Primo de Rivera, (su obra sigue la trayectoria inicial frente al intelectualismo español republicano), Leguía, Ibáñez, Machado, Hipólito Irigoyen y otros mantienen la efímera estabilidad de un poderío asentado en el dominio transitorio de las policias; tal vez el Duce—más caudillo—se alza sobre los otros apoyado en circunstancias extraactuales. Pero todos ellos caen precisamente en el mismo error: las soluciones económicas —y este es el gran problema mundial del momento— porque el sostenimiento de la violencia permanente entraña el agotamiento gradual de todo recurso, por inmenso que sea.

Frente a la gran lección que nos daba Rusia en el Occidente, y al convulsionarismo secular de México, aquí en el continente indohispánico el nepotismo y la oligarquía continuaban la horrenda jornada de la supresión de los derechos del individuo ante la ambición partidista o personal.

En Bolivia, como en casi todos los países sudamericanos, se gobernaba con látigo de fuego. Amordazamiento de la prensa, deportaciones, confinamientos, ataques a la propiedad privada, desconocimiento del derecho de oposición, acaparamiento de las funciones públicas, corrupción del engranaje administrativo, etc., etc. Finalmente, la ceguedad de los hombres del gobierno, les hizo concebir la

absurda idea de una prórroga inconstitucional destinada únicamente a sostener el formidable constructor de fortunas que es el poder, en manos de la camarilla oficial.

Fueron los estudiantes los primeros en dejar escuchar su voz. Cayeron muchos de ellos en La Paz, en Potosí, en Cochabamba, ofreciendo hermosas jornadas de civismo a la nación boliviana. Se hicieron matar después en una imponente manifestación, logrando exasperar el ánimo popular y cuando el empuje incontrastable de todos los partidos de oposición ultimaba los detalles para un vasto plan revolucionario, los cadetes del Colegio Militar se adelantaron al proceso histórico desconociendo al Jefe de Estado Mayor General que en un ínfimo manifiesto dirigido al Ejército incitaba a la trasgresión abierta de la Constitución. Todo el Ejército se plegó paulatinamente a la causa constitucional. Es que la bandera era inmensa y abrumó a las fuerzas gubernistas con el prestigio insuperable de la legalidad.

Caído el régimen que hasta el 27 de junio de 1930 gobernó al país, todas las fuerzas vivas de la nacionalidad se hallan empeñadas en llevar adelante los sagrados principios de la revolución: depuración de los registros cívicos, libertad del sufragio, absoluta independencia de la prensa, autonomía universitaria, respeto a los partidos políticos constituidos, aplicación de los servicios técnicos en los diversos ramos administrativos, y restablecimiento de todas las garantías y atribuciones que la ley da a los ciudadanos, etc., etc., ¿no son suficiente prenda de seriedad?

Ha ido mas lejos la Junta Militar de Gobierno que compuesta por seis de los más distinguidos jefes del ejército boliviano dirige hoy los destinos del país; dictando un decreto por el cual ningún miembro de ella podrá ser candidato a la presidencia de la República, o a convencional senador o diputado. — ¿Puede darse mayor evidencia de desprendimiento y de honradez gubernativa?

Nobilísimo como es el ejemplo que Bolivia acaba de ofrecer a la América, la visión del estadista no debe buscar las consecuencias inmediatas del triunfo legalista. Es preciso otear horizontes más amplios.

Las enseñanzas son múltiples.

Como postulado primordial, el ejército y el pueblo bolivianos al reivindicar el princi-

pio inmanente de la justicia, han rechazado la práctica criolla de la entronización en el poder. Al desconocer el despotismo y restituir el libre goce de los derechos individuales, han ejercitado una verdadera acción de sana democracia —de esa democracia que es casi una utopía en el globo— y finalmente volteando a un régimen que buscaba la perpetuación, han sentado el precedente de la rotación en las funciones públicas, que constituye el fundamento de la administración.

En el aspecto internacional, la revolución boliviana es la más rotunda advertencia para los regímenes de fuerzas que al Norte y al Sud sojuzgan a los pueblos hermanos de Perú y de Chile. Y también para otros gobiernos criollos que no por permitir el derecho de protesta dejan de realizar su vasto programa de atrabiliarismo.

Para el futuro, la lección reserva sus mejores rendimientos. El legalismo acompañará a los gobernantes de Bolivia; si caben reformas constitucionales ellas se harán dentro de las perspectivas que contempla la Carta que se quiera modificar; si el país reitera su confianza a los gobernantes ella será ampliamente manifestada con el libre juego de las prerrogativas ciudadanas.

El estado no es un feudo; sino el conjunto homogéneo donde todas las actividades de los individuos se desenvuelven sujetas a las leyes, reguladas a la acción fiscalizadora del Gobierno, lejos de la opresión y del abuso. Esa es la máxima enseñanza de la revolución boliviana.

Pero no está hecho todo. Aún hay mucho camino que recorrer. Los militares tienen que combatir—ya lo han dicho—la introducción del politequerismo profesional. Ello no implica exclusión del civismo; al contrario, es éste el que debe desplazar poco a poco a la clase armada de la administración pública ya no, bajo el aspecto del predominio banderizo, sino desde la conveniencia de la capaci-

dad técnica. Bolivia quiere administradores, no políticos ni programas.

La renovación mundial a que asistimos hoy (no sabemos si acabará en formidables conflictos bélicos, en luchas civiles o en simplificaciones del "standard" de vida a proporciones angustiosas) exige meditar con mayor detenimiento acerca de los problemas sociales. El más alto valor filosófico de España, sostiene que la característica determinante de la Europa actual es la conclusión de las revoluciones; y más aún, que no pueden producirse. Nada más errado, si en su propia patria la monarquía se tambalea a los enviones poderosos de las masas dirigidas por el intelectualismo que pide insistentemente la república.

Toda revolución importa una renovación. Un pueblo que se estanca en la rígida grandeza secular de los ingleses, por ejemplo, solo puede existir porque sus condiciones privadas aún encierran latentes recursos materiales y porque, a más, sus características psicológicas —esto es fundamental— hacen de cada individuo una insignificante piececilla de ese estupendo reloj (todo precisión) que forman la tradición y el orgullo británicos.

Es el clarinazo de alarma la revolución boliviana. Porque no solamente debe hallarse en ella el triunfo de la legalidad. Hay algo más grande, augural, en este pueblo que sabe enseñar a sus gobernantes cómo quiere ser administrado. Es tal vez la conciencia de la América que lanza su alarido inicial, (como en 1809, cuando esquematisó la gesta libertaria) anuncio de una inmensa acción que será más tarde —libre de los viejos calcos europeos— secuela novísima de política gubernamental y de bienestar social (debido únicamente a las altas virtudes de las generaciones que laboran en la sombra —aún escasas de años y de experiencias— construyendo los sillares de la Nueva mérica.

La Paz, julio de 1930.

F e r n a n d o D i e z d e M e d i n a

UNA VISITA AL TALLER DE NICOLÁS URTA

Breves, muy breves minutos de viaje, y llegamos a Colón. Hasta hace poco, esa sede y paseo de ríos, y para los pobres la dictadura de los horarios de ferrocarriles dificultaba la excursión.

Hoy autobuses y buena carretera de ce-

res que le brinda su jardín, y a las que ha sabido interpretar con toda su frescura y luminosidad de color. Telas con algo de estampa. Sinfonías ricas y sutiles de verdes variadísimos y manchas vivas de las flores.

La vida vegetal está admirablemente encontrada en su intimidad, y su poesía fénica expresada lírica y fuertemente. Ni un momento de sensiblería.

Efímeras flores de plantas de estación, leves, transparentes, vibrantes de color y próximas a morir al menor roce o en el transcurso de un par de horas, en un pote de loza.

No sólo siente esos coros brillantes de color, sino que pinta con la misma intensidad en gris. Nácar de lilas y violetas, y un árbol desnudo que teje tristezas lentas y mortales en la niebla.

Sobrio y rico a la vez, Urta posee un refinado espíritu francés, produciendo una obra ponderada y llena de expresión para aquellos que posean ojos interiores para gustarla.

P. G.



PAISAJE

NICOLÁS URTA

mento facilitan el viaje, desapareciendo todo obstáculo.

Llegamos. Calle de hormigón y casa del más típico y antiguo estilo colonial.

Contraste. Nos recibe Urta, pintor moderno que vive en la casa de arcaico estilo: con traste.

Pasamos a un taller con aspecto de garage o vice-versa, en cuanto al exterior.

Las entrañas de la construcción serían las telas, cartones, grabados y dibujos de Urta, pintor fuerte, interesante y verdadero artista, con un hondo sentido de la decoración.

Pinta lo que en aquel hermoso paraje le rodean: árboles, plantas y flores, muebles ties-



PAISAJE

NICOLÁS URTA

EXPOSICIÓN CÚNEO - MICHELENA



PAISAJE DE CAGNES

JOSÉ CÚNEO



PAISAJE

J. CÚNEO



FLORES Y BOTELLAS

J. CÚNEO



PAISAJE

J. CÚNEO



MATEBNIDAD

BERNABÉ MICHELKNA

NUESTROS ARTISTAS



ALMA REYES, DISTINGUIDA CANTANTE QUE ACABA DE OFERTAR UN GRAN CONCIERTO DE SORPREZA ANTES DE RETORNAR A EUROPA.



LUIS P. MONDINO, EL MAS MODERNO DE NUESTROS JOVENES COMPOSITORES.

LOS PÁJAROS AZULES

A LUIS GIL SALGUERO

Cantos celestes tocan tus párpados livianos de sueño...
Suenan la luz atormetnada de tu llamada a los pájaros azules.
Esta primera hora desatará tu silencio volcado en la celeste copa,
y tu arco creado con rocío de ensueños huirá a la soledad.
Manos de niño han de ser las que rodean el árbol de contornos tembladores
y apagan su grave claridad nocturna.
(Claridad en la cripta del ensueño segador de tinieblas,
del cazador que aún no ha dormido).

Cazador!

La mirada de la Luna se ha dormido en tu frente,
y desatados tus ojos sde inmovilidad, lunares en el silencio,
amargados están en la aurora de músicas silbadoras;
próxima está tu mano a acariciar la detención del día,
ágil de niñez celete y sabiduría.

Ha bajado el primer pájaro de la lata Estrella de la Esperanza
y te llama desde la piedra más lejana...
Ya tu arco se hizo silencio y no saluda la distancia;
tus manos se han adherido al Tiempo;
y el único canto que hubiera sido enteramente azul
y hundiera ágil y densa su luz
en el vértice de tu soledad,
Poh alta Estrella de la Esperanza!
ha golpeado como la lluvia y como la flor,
y ha gritado fuerte como un Dios;
y tu triste corazón nocturno se ha volcado en tí
como una copa
sonora de vinos sombríos y calculadores.

Fiesta de lunas transidas y lentas
rondan tu mirada amanecida;
truncos ágiles gritan su misterio y su desesperanza;
curvas violentas sueltan su música hondísima
en el borde alado de tu canto;
la Noche de tus ojos se deshace en las paralelas
de un camino de sol,
y una estrella cercana señala su libertad.
Cansadas, las ruedas de la Vida giran flores de recuerdos
en la piedra abismal.

Es hora de vencimiento y de misterio.
Mueve el Uno su esperanza negra;
abren flores blancas su terrestre dulzura,
y el mar que apaga el Grito nace de toda ola.
Un silencio nocturno hace paz en el mundo
y el alma estremecida grita en todo Silencio.
Pasos lentos abren densos misterios espectrales;
aire de luz y amor aspiran las manos ávidas;
se estrangula la nave, viajera a la otra orilla,
y una campana lenta cierra el camino a Dios.

Agiles navíos desbordan sus milagros
en frutos madurados de viajes y de sol.

Silban las espadas de luz de los faros marinos.
Un canto de hondura de montaña
hunde su puñal
en la luna.

El vaso nocturno y triste,
quebrado en la flor,
ha ungido de luna y de sales su alada superficie.

¡Rodeadme de abejas, oh pájaros azules!

Polen lento y rubio
rodeado de manos solares,
hunde el pecho de su cántico
en el eje nocturno vencedor de la Sombra.

Roto el cristal de una lejana estrella,
me llevó temblando en la cuenca de su canción.

El canto lejano de tu arco
¡oh terrestre navegador de la Sombra!
me ha de hundir el misterio de la rosa,
tercamente,
con la velocidad azulada de tus pájaros.

1930.

C a r l o s A l b e r t o G a r i b a l d í

U N D I S T R A Í D O

Han llegado a mí distintas versiones respecto a la muerte de mi amigo Silverio Gutiérrez, versiones que tienen algo de verdad algunas, y otras son inverosímiles creaciones de cerebros desocupados y más o menos ingeniosos, que han dado en de'gsurar los hechos o simplemente no los conocen y tratan de explicarlos, por un prurito de vanidad amistosa, unos, y de malquerencia manifiesta, otros.

Se ha llegado a hablar de enredos amorosos, de cuestiones de dinero, de diferencias políticas.

Nada de eso es cierto. El dinero nunca interesó a Silverio. Carecía de ambiciones para embarcarse en negocios políticos, y su amor fué solouno, sereno, profundo, sin complicaciones ni tormentas.

Como algunas de las versiones circulantes perjudican el concepto que en general se tenía de mi amigo, voy a dar publicidad a las causas de su muerte, bastándome al efecto con relatar ciertas incidencias de mi conocida. La casualidad hizo que me enterara de ellas, y acompañara a Silverio durante los momentos que habían de ser los últimos de su manifestación humana.

Como lo saben muy bien todos los que conocían a Silverio, este era un muchacho ilustrado. Además, tenía talento. Su fisonomía denunciábalo por el mirar hondo de sus ojos oscuros, la amplitud de su frente serena y el amargo gesto de su boca finamente dibujada. Tenía lo que se llama una cabeza interesante, coronada por espesa cabellera negra y lacia, y perolada por una nariz delgada y recta.

Vivía apartado todo lo que podía de vulgaridades, y se abstraía en sus gustos, con la fuerza de un espíritu alto y libre. Sus protestas vehementes contra la chatura de la mayoría eran uno de los temas interesantes de sus conversaciones.

Esta particularidad de su carácter fué la causa principal de su fin. Por esto trataré de reproducir algunos párrafos de nuestras charlas, que solían ser extensas y confidenciales, (pues tuve el honor de ser uno de sus más dilectos amigos) y algunos incidentes apuntados al azar. Y creo que con ello se explicarán, los que no lo conocieron, esta condición de Silverio.

Una tarde del último verano, lo encontré en la playa; cansado, abatido, sudoroso:

— ¡Por fin!... — me disparó. — Ahora podré charlar contigo!... ¡Qué cosa más cargante! Imagínate que hace una hora... ¡ves

aquel hombre con traje marrón que ahora sube al tranvía?... pues, bueno: durante una hora he tenido que soportarlo! Me ha estado hablando de negocios, de empresas, de operaciones bursátiles... ¡qué sé yo!... Como si a mí me interesara eso! ¡No sé!... no quiero saber!... no necesito ni me interesa saber nada de eso!... ¡Qué puedo pretender yo, interesándome por una cuestión comercial! Soy capaz de embarcarme en una empresa de esa índole? ¡No!... me falta ductilidad, y otras condiciones que no quiero puntualizar. Y créame! siempre es así!

Siempre me encuentro con alguien que se cree con derecho a contarme sus cosas! Cosas comunes, tontas, llenas de chatura, y todo oliendo al tanto por ciento de interés material o sentimental!... Que las airvientas; que el sport, que el empleo, que los amores, que los alquileres, que la política, que las enfermedades, ¡qué el diablo! Claro que grandes cosas para todos;... y para mí, si no fueran contadas en igual forma, con iguales palabras e idénticos comentarios egoístas y burdos. Siquiera fueran relatos interesantes, pintorescos, grácicos... Pero nada les detiene! No ven el aburrimiento mortal que me devora mientras ellos hablan. Y tengo la obligación de escuchar! Pero, yo pienso: si yo, por ejemplo, al primero que se me presenta, comenzara a contar todo lo que sé, lo que me interesa, lo que ellos, la mayoría, no entienden, no vislumbran, siquiera... A hablarles de música, de pintura, de poesía, de las mil manifestaciones espirituales que me han tocado en la vida...

De mi concepto general respecto de esta, y de la humanidad, y del amor... y si yo insistiera en ello, una, dos, tres veces, cuenta seguro que al cabo de un tiempo brevisimo, yozaría yo fama de cursi, de loco, de quién sabe cuánto! ¡Con qué derecho!... preguntó yo acaso! ¡Por qué ellos tienen el derecho de hablarme de sus cosas y yo no lo tengo de hablar de las mías propias!... ¡que no me entendería!... yo tampoco los entiendo! Yo me aburro cordialmente cuando me hablan de cosas que no entiendo. Y considero que a ellos les pasaría otro tanto si yo les hablara de las cosas que entiendo, y ellos nó! Y por eso no lo hago.

Supón, por otra parte, que yo obrara sincera, valientemente, y dijera: esto que usted me cuenta, no me interesa. Estoy aburrido. — ¡Cuántas enemistades, y cuántos incidentes me echaría encima! Yo sufro de esta sensación. Muchas veces, me distraigo hasta el

punto de contestar cosas extravagantes. Pero esto no es premeditado. Créame!

Sin embargo, lo haré... lo he hecho ya varias veces.

He tenido disgustos, me he creado antipatías, por tal causa. Pero yo desearía más. Por extensión, yo desearía poder decir las cosas como las siento. A un bruto, por ejemplo, tomarlo de los hombros, con ambas manos, mirarle bien a los ojos, y soltarle: Usted no sabe nada de nada! Es usted un perfecto imbécil!—Así, sin motivo aparente ni determinante de tal afirmación. Detenerlo, si quieres, en la calle, al cruzarse con él, que va caminando erguido con aplomo, con cara importante, convencido de que es el eje del universo... y observar su fisonomía entonces... Como un desahogo... ¿comprendes?... Sería interesante...

Las escenas que voy a relatar, corroboran las reflexiones anteriores de mi amigo.

Una tarde, nos encontramos con un conocido de Silverio que, a pesar del frío recimiento que este le hizo, se nos pegó como una lapa, y tuvimos que continuar el paseo en su compañía.

Insistía en contar que el día anterior había perdido un tío anciano, y en un momento, Silverio le preguntó con acento distraído cómo había sucedido aquello.

—Vengo ahora de allá.—prorrumpió aquel hombre.—Murió ayer. Figúrese usted que el pobre señor salió de su casa como todos los días. Llevaba su traje de paseo irreprochable, como siempre; le habían hecho en su casa, su mujer y sus hijas, diversos encargos. Y de pronto, al cruzar una calle, cae al suelo, como herido por un rayo. ¡Muerto! Un síncope cardíaco fulminante! Pobre don Paco!

Terminó la elación con acento patético.

Hubo un silencio.

Silverio miró a su interlocutor un momento, con una mirada lejana, y luego articuló con voz dolorida:

—¡Pobre muchacho... ¡eh!

—¿Quién?—se admiró el otro.—Pero no sabe usted que don Paco tenía más de setenta años?

—Es cierto—dijo Silverio. Y rectificó:

—¡Pobre señor!... después de una enfermedad tan larga, de haber sufrido tanto!

—¡Es usted cargante!—vomitó el otro con ira.

Acabo de contarle que el desgraciado señor murió de un síncope, repentinamente... o es que usted no está en sus cabales!

—Es cierto!... perdóneme usted! Estaba distraído!... ¿y hace mucho que murió don Paco?

Tuve que intervenir porque aquel hombre quería pegar a mi amigo.

Se alejó furioso.

No hace mucho sentados a la mesa de un café, se detuvo otro conocido a saludarnos. Invitado por galantería a hacernos compañía, sentóse con nosotros, y quedamos los tres mudos.

Silverio, por decir algo, preguntóle que contenía un paquete que había dejado sobre la mesa.

El intruso creyó encontrar así ocasión de justificar su admisión en nuestra compañía, por sus confidencias interesantes, y hablando en voz baja, acercándose a Silverio, dijo:

—Vea usted. No debía decirlo, pero... ¿a que no adivina lo que llevo en este paquete?

Esperó, pero como mi amigo permaneciera mudo, continuó:

—Sabe... mi mujer es caprichosa. Hace días me viene pidiendo que le compre un reloj para la cocina. No lo precisa, ¿Sabe? pues la casa es chica, y tenemos reloj en el comedor, en el dormitorio, y en la sala, y con sólo dar unos pasos se sabe la hora, además de que el reloj del comedor tiene una hermosa campana... pero... es claro... usted sabe... cuando las mujeres están en cierto estado... sabe tienen antojos... y guiñaba los ojos, sonriendo beatífico:

—Además de que es el primero...

Buscaba la enhorabuena, el comentario.

Silverio se dirigió a mí, y con una voz cansada, y expresión meditativa:

Lo que me decías ayer de Rimsky Korzakoff, es exato. Hoy lo estuve escuchando. Encuentro gran analogía entre las dos partituras, gustándome más, sin embargo, la...

—¡Buenas tardes!... —rugió el hombre del paquete, volcando la silla al levantarse bruscamente, y alejándose a grandes pasos.

—¿Y a este, qué le pasa? —Se admiró Silverio, mirándome con ojos asombrados.

Le expliqué. Aquel hombre, hablando de lo más grande, de lo más importante que movía su vida, no había sido escuchado. Había sido burlada su fé, su íntima satisfacción de hombre fecundo y tierno...

Silverio comprendía al fin. Y quiso buscar a aquel hombre. Lo detuve. Sería peor. Y continuamos nuestra charla.

En el teatro, otro conocido de Silverio describía, con fuego y pedantería, durante un interacto, no sé que viaje que había hecho. Hablaba alto, y con énfasis, pero Silverio, preocupado seguramente con la pieza que se representaba, permanecía mudo.

Y decía el narrador procurando ser oído:

—La más hermosa perspectiva se gozaba desde allí. Se veía un pedazo de mar, de un gris brillante. Un mar pesado, lento, de esmalte. El golfo, a lo lejos, lucía como un cristal, y de allí subía la costa verde, hasta los árboles simétricos de la costa montañosa.

Luego el ocre de las tierras, y arriba, el cielo azul, inundado de luz!

Ante el ademán hiperbólico, Silverio oye, y exclama:

—¡Qu- horrible!... ¡y usted, pué hizo? Otro pseudo incidente.

A escenas parecidas asistí varias veces.

Ahora relataré suscintamente, los hechos que determinaron su fin.

Los que arrojaron sombras sobre la salud mental de mi amigo, para justificar ante la justicia un hecho cobarde y brutal, sabrán, en lo íntimo de su conciencia, de la verdad que encierran estas líneas.

Una tarde, a la vuelta de mi oficina, encontré a Silverio en el tranvía. Nos sentamos juntos, e íbamos comentando un libro recientemente aparecido. Silverio se entusiasmaba, se abstraía en sus reflexiones,

De pronto, sintió que lo tocaban en un hombro. Volvióse, y le oí decir:

—Hola, señora! ¿Qué tal? Su marido bien?

—Bien, gracias. — Contestó una voz risueña y clara de mujer.

Silverio volvió hacia mí su rostro sonriente, y prosiguió su interumpida charla, sin referirse para nada a la persona a quien había saludado. Por lo tanto, no traté de saber quien era

Cuando bajó del tranvía, me volví, y ví que daba el brazo a su mujer.

Este sencillo pasaje dió lugar a la maledicencia.

La gente es mala.

Un hombre dijo a un conocido de Silverio, cierto día que se cruzaron con la mujer de éste:

—¿Ve esa mujer? Creo que es un caso fácil.

—¿Cómo? — se admiró el conocido. m

Sí. La he visto hablarse en el tren con un hombre, el cual le preguntó por su marido, sonriendo como con burla. Luego bajaron y se fueron juntos del brazo.

—No es posible!

—Le juro que es cierto. Yo lo he visto. Yo iba al lado de ella!

—Pero, no sería el marido?

—¿Qué iba a ser! Si él le preguntó por el marido, y ella contestó riendo: bien, gracias! Como una seña, sabe... ¿usted la conoce?

—De vista.

Este amigo que conocía de vista a la mujer de Silverio, se encargó de propalar que ésta tenía un amante.

Lo miraron con lástima. Se burlaron de él.

Y un día, en una reunión, alguien, entre broma y broma, lanzó una indirecta. Silverio, fuera de la conversación, distraído en quien sabe que cavilaciones, no reparó en ello.

Pero, por eso mismo, salieron de punto las insinuaciones, atribuyendo quizás a cobardía o desvergüenza, lo que era abstracción en mi amigo.

De pronto, Silverio oyó.

Volvió su imaginación de las regiones lejanas por donde vagaba.

Aquello fué instantáneo.

Al comprender la enormidad de lo que allí se decía, se encará con el que en ese momento hablaba, y le cruzó el rostro de una bofetada.

El otro sacó un revólver, apuntó a Silverio, tranquilamente, y le agujereó el pecho de un balazo.

Sstaba yo al lado de Silverio, y lo recibí en mis brazos cuando cayó.

Pronunció débilmente:

—¡Esto es imbécil!...

Y murió.

Todas las versiones circulantes, son, pues, falsas. Y tengo la seguridad que mi amigo, si puede leer este relato, me agradecerá la intención que me lleva al hacer estas declaraciones, y escupirá con desprecio sobre la inmundicia que lo rodeaba, y que le hizo dejar una vida que tanto amó.

J u a n M a r i o M a g a l l a n e s

PSICOLOGÍA DE JORGE BRUMMEL

Jorge Brummel salió del colegio de Oxford en amistad con el Rey Jorge de Inglaterra, y muy pronto adquirió en la corte de aquel soberano, el ascendiente de su elegancia y de su familiaridad.

La vida de este árbitro de la elegancia nuevo Petronio, menos digno de quien tuvo la honestidad de cortarse una vena cuando supo que estaba de más y el acierto de retirarse a tiempo; resulta vista con el lente minucioso de la vida moderna la vida de un chico bien, que gastó toda su influencia y su fortuna en vestirse a la última moda. ¡Cuántos Brummel anónimos hemos conocido! (En mi experiencia anoto uno que gasta una rumbosidad en el vestir más allá de toda previsión).

La bancarrota moral y material de Jorge Brummel es una de las tragedias más dolorosas de la vida moderna.

Pierde un día, por burlarse del pacífico abdomen del soberano, tan respetable como el del Rey Bombance de la farsa de Marietti, su influencia en la corte de Inglaterra; un simple chiste le cuesta más caro que el trabajo de toda su vida para vestirse impecablemente. Y en este detalle, se aprecia claramente la psicología de chico bien de Brummel; el chico bien es soportable, mientras no habla; cuando mueve la boca le sale el chiste a flor de labio.

El rey Jorge no pudo perdonarle esa saeta dirigida a su real abdomen, mucho más dolorosa en quien presumía de elegante y toleraba la ignorancia de sus deformidades, engreído por la adulancia de sus cortesanos. ¿Se habría sentido Brummel hastiado de aduladora cortesanía? Esos gestos de independencia cuestan caro, y quien adopta la profesión de cortesano debe ser espejo de ello, en el cual se contemplan los demás, y educarse en el Manuel de cortesanos que escribiera el Obispo de Modoñedo.

La venganza de Brummel fué genial. En estos chispazos momentáneos, uno piensa que Brummel no era tan solo un chico bien; tenía algo en la cabeza. Después de aquella despedida que termina con la frase: "Adiós Gales", un día el Rey se encuentra con un amigo que acompañaba a Brummel, saluda al amigo y no repara en Brummel. Entonces, éste dice fuerte, como para ser oído por el monarca: "¿Quién es este caballero tan gordo?".

Brummel gastó toda su fortuna en el juego y en el vestir. Dos pasiones frívolas y superficiales. Todo hace pensar en la ex-

terioridad de este hombre que no tenía como Bryon, el encanto de su belleza física y de su genio: Brummel era un elegante solamente, ni siquiera era hermoso y su elegancia misma consistía en poseer el arte recóndito de darle tres o cuatro vueltas a su corbata en forma que nadie osaba imitarlo.

No supo Brummel conocerse a sí mismo. Pocos hombres hay en el mundo que sepan retirarse a tiempo de los escenarios para evitar la merecida silbatina. El arte de escapar ileso es oficio de muy pocos. Poetas hay, que habiendo tenido su cuarto de hora de notoriedad, persisten en crearse un nuevo cuarto de hora de suplemento. Viejos desdentados aún se creen con lucidez para conquistar un público con la oratoria; versificadores excelentes en épocas en que estaba de moda gustar los versos aconsonantados, persisten en superar a los jóvenes en una época de verso librisimo y metáfora. No saben mantener el prestigio conquistado y quieren crearse una vida de falsos oropeles, explotando la pasada notoriedad. La decadencia y la vejez son espectáculos desagradables de contemplar y cuando la ilusión los cubre, más triste resulta su contemplación.

Jorge Brummel en la cárcel, harapiento, comido por sus *acaros* como por los piojos, es un espectáculo repugnante. ¡Mírate a un espejo, se le pudo haber gritado. Señor Brummel, ex-elegante, contemplad el estado de vuestra belleza! ¿Es usted el mismo Brummel que deslumbró a la ingenua corte de Inglaterra? ¿Usted no tiene la dignidad de un Cervantes en la prisión, y se le contempla como a un simple delincuente! ¿Entre su pasado y su presente no ha visto usted el castigo de su frivolidad? ¿No fué usted, acaso, el más hueco de todos los hombres? ¿Concibe que una persona pueda dejar trascurrir una hora mientras se ata el nudo de su corbata? Ante estas reflexiones (¡tal vez nunca las tuvo!) Brummel se hubiera arrepentido, quizá de haber sido demasiado elegante. La elegancia le costó justamente el precio de su vida; el costo de esa elegancia impecable lo arruinó y lo puso en manos de sus implacables acreedores. Por presumir de más elegante que el Rey, cosa imperdonable en un buen cortesano, perdió el favor real y jamás pudo obtener el perdón de su protector. Solo una diferencia encontraría Brummel en favor suyo en la época actual: hoy, en casi todas

las legislaciones se ha abolido la prisión por deudas, un Brummel moderno no hubiera sido encarcelado y podría ser su insolencia descaradamente frente a sus acreedores.

No creo, tampoco, que Brummel hubiera sido un Don Juan: su arreglo exterior no le dió tiempo para entretenerse en conquistar corazones. Las mujeres modernas consi-

deran presuntuosa la coquetería masculina, por ser una competencia desastrosa para ellas, y Brummel pasaría hoy por un "pavo".

De cualquier manera, de la vida de Brummel surge un ejemplario y un espejo donde puede contemplarse a sus anchas la tontería del excesivo acicalamiento en el vestir.

I l d e f o n s o P e r e d a V a l d é s

E L E G Í A D E L S I G N O

Sufro hasta la lágrima que no florece
esta semilla ingrátida del signo.

Brújula de mis días,
¡hacia qué mares de odio y olvido
bogaré mi nave?

¡Me duele el camino, virgen de la noche!
Como astros en éxtasis
mis ojos lloran las distancias.
Lloro por los ríos de la adolescencia
surcados de lágrimas y sueños,
lloro por las constelaciones de enigmas
en las bóvedas de la noche eterna,
lloro por la distancia que me separa de los
y por las horas vagabundas (sueños
y sin amorosos ejes
perdidas en los vientos!

Crisálidas de los sueños,
mañana mariposas de angustia,

¡quién sabe qué signos extraños
o qué viajes remotos emprenderán mañana,
cuando el alba enciende las horas nocturnas
en la jornada sin límite!

Semilla ingrátida de los días,
ahora, años y siglos germinan en un
en mis manos crispadas, (mento
y, sin embargo, sufro como una llaga
esa estrella remota!

¡Ah, mis manos crispadas de dolor!

Mis manos que encierran toda la noche amar-
(ga...

y sólo tu sonrisa, mensajera de la luz,
no cabe en ellas...

Únicamente por tu sonrisa
no tropiezo en esta tiniebla extraña
y pierdo la dulce órbita para siempre,
viajero de los divinos rumbos!

L u i s A l b e r t o G u l l a

Se ha dicho que la vida es sueño, y lo es. Solo el instante que vivimos, instante por instante es realidad, al integrar esa sucesión de trasmutaciones perennes que es el Cosmos, y en la parte que nos es dado recorrer; y dicho instante mismo es tan fugaz que se trueca en sueño, de inmediato. Cada parpadeo es una imagen, un recuerdo que hemos cosechado, y así es que al hacer memoria revivimos los instantes sucesivos de una realidad trocada en sueño, la que asume los aspectos de nuestra individualidad, desde el soñar dorado del niño hasta la ansiedad de la pesadilla congajosa. Es nuestra individualidad, pues, la que vivimos.

Por esto mismo conviene tratar de que pueda ser agradable el recuerdo que evocamos, y no una pesadumbre que nos consterna y consterna a los demás. Ni basta eso siquiera, para desensombrecer la vida, sino que debemos hacer de modo tal, que, al encarar la realidad, la miremos por su lado mejor, y si además, nos esmeramos en servir para algo más que para servirnos nosotros mismos ya podemos ver que hemos vivido útilmente.

Me tocó vivir un período bastante ingrato de la vida nacional. Ya, cuando comencé a razonar, me hallé en la Dictadura del coronel don Lorenzo Latorre, y habían sonado como cañonazos en mi oído infantil los estampidos del 10 de Enero, los que debían semejar más bien a uno de aquellos paquetes de Cohetes que se estilaban entonces para cualquier festejo.

Yo tenía a la sazón pocos años, pues soy del 61, y recuerdo que al hacer mi visita diaria a mi abuela materna, la que vivía en la misma cuadra y la misma acera que el Dictador, al pasar a su lado, — pues él era amigo de sentarse en la vereda a tomar mate, frente a la puerta de su casa, sencillamente, con algún amigo, — noté que me miraba con simpatía, más bien. No me sorprendería que este detalle haya podido influir en mis impresiones, así como cualquier otro, sabiendo, según, sé, que somos accesibles a muchas influencias; pero, es lo cierto, que durante ese período, en el que no se oían más que acerbas críticas, censuras y reproches al dictador, yo hacía mis reservas mentales, y me preguntaba si al justipreciar, no habría en esta actitud alguna ofuscación. Todavía espero para contestarme, puesto que esto debe hacerse con gran

acopio de serenidad y con detenida meditación.

Como nunca tuve gran fé en mis juicios, tampoco hube de tenerla en los de los demás, y esta peculiaridad que los seres más perfeccionados han de considerar como signo de inferioridad, es lo que me salvó. Me salvó, digo, porque me permitió vivir al margen, a pesar de haber intervenido en la política de mi país, y de haberseme hecho diversos ofrecimientos halagadores, según la opinión corriente. No creo que pueda ser solo ineptitud o debilidad lo que tan persistentemente me mantuvo alejado de las posiciones públicas importantes, sino más bien el que mi actitud, por demasiado ceñirse a mi manera de pensar, en un medio como es el nuestro, debía destinarme al fracaso político, y a la procura de satisfacciones íntimas, o sea de lo único que forma mi caudal, que es tesoro puramente moral — ¡hélas! — diré por hallarme aquí, tan lejos.

Se planteó la lucha, en aquellos años terribles, de una manera radical, según ocurre en las luchas ardientes, y parecía que toda la razón estaba en todo momento, y toda, de ambos lados a la vez: los del partido gubernamental se la atribuían con la misma convicción que los de la oposición, que, al pensar todo lo contrario, creían tenerla por entero.

Asistía yo a las famosas renuoines y conferencias del Ateneo, que se hallaba entonces a media cuadra de la casa del Dictador, en la calle Soriano. Yo escuchaba lo que se decía ahí, con una buena fé que acaso no pueda ser jamás superada, la de la adolescencia, y al escuchar ambas partes según era forzoso hacerlo, desde que no se hablaba de otra cosa en esos días, quedaba perplejo, haciéndome reflexiones que ni estaban con el gobierno, ni estaban con la oposición.

El que lucha cree de buena fé que toda la razón está con él, y como la lucha presupone dos bandos por lo menos, preciso es que se puedan ver por dentro las razones opuestas de ambos bandos, para saber a qué atenerse. Llego más bien a pensar que es posible que ninguno de los bandos tenga la razón, en todo momento al menos, antes que pensar que está toda de un solo lado, en todos los momentos, y es esto, precisamente, lo que hace tan dilatorio el fallo digno de ser escuchado, si acaso se ofrece alguna vez.

Sólo el hecho de abrirnos a la duda, en un ambiente así, implica inadaptación o inadaptabilidad; y ¿cómo adherirse plena, ciegamente, a uno de los bandos, si no hay tal suma de convicción y de confiada seguridad?

Al haceros estas reflexiones sobreentendiendo que me dirijo a mis más jóvenes amigos, y no a la gente "seria", la que podría decirme que estas son simplezas. Yo quiero comunicarme con los que todavía no han formulado la última palabra acerca de estas cuestiones graves, esperando que puedan discernir si es el verbo de un fracasado o el de un obrero el que escuchan; y quiero tanto más hacerlo así, cuanto que, al considerar mi actuación, no exenta por cierto de vacilaciones de mi parte y de reproches exteriores, no he alcanzado aún a decidir de un modo concluyente, si estuve o no acertado. Sólo sé que procedí de acuerdo con mi modo de pensar, y que es eso lo que me permite una tranquilidad interior que subsiste aunque todo lo demás haya sido y sea adverso.

Se también que esta actitud mía se ofrece a ciertos espíritus como presuntuosa, y de ahí quizá esa prevención a mi respecto, la que no he podido disipar por más que he trabajado y trabajo por servir a mi país, y por más que nunca, en la hora del reparato, me antepuse a nadie.

No vaya a creerse que al decir esto pretendo hacerme un mérito, no. Lo que hay, es que, como dije antes, me faltaba una convicción plena para asumir actitudes públicas de proselitismo, profesionales, diremos, y solo circunstancialmente pude procurármelas, para luchar. Sería tan desacetado el decir que esto es meritorio como el afirmar que lo contrario es un defecto: se trata simplemente de peculiaridades personales, tan respetables, eso sí, las unas como las otras.

Y en esa sucesión de gobiernos, desde Latorre hasta Batlle, quién, al celebrar la paz de 1904, colocaba al país en una normalidad política, institucional, previa a la que se está plasmando, y debe plasmarse si hemos de alcanzar alguna eficiencia, en esa suce-

sión gubernativa, digo, pienso que todos han aportado algo, bien que las oposiciones lo hayan negado rotundamente, así como que éstas han desempeñado una colaboración muy importante en dicha obra, colaboración eficaz, la que exigió sacrificios de toda naturaleza, los mismos que se prestaban a ofrendar los patriotas, voluntarios, con el brazo, con el cerebro, y la vida también. El día que se justiprecien estos aportes con nes para nuestro pueblo y nuestra raza.

Con igual respeto y simpatía, afortunadamente, puedo mirar tales aportes, provenientes de dónde provengan, y esta es la hora en que ha de abrirse la conciencia pública a mirar las cosas no por el color de su cartabón, solamente, si hemos de llegar a hacer patria dentro de un plano superior.

Si hubiese tenido que actuar en un período constructivo, sereno, no habría sufrido estas vacilaciones que tienden a desaplomar, bien que no lo logren; pero en esas refriegas, en las que, como en una batalla campal, todos los jefes se atribuyen la victoria o se reconviene en la derrota, y dónde el soldado es tan requerido como el general, todos los aportes han de ser considerados, según su eficacia y su mérito. Yo estoy con los que luchan, pero dentro de mí mismo.

Al decirlo esto no entiendo ser más ni menos que los demás, sólo quiero poner de manifiesto que mi forma de actuar, me ha permitido vivir en conformidad conmigo mismo, de tal modo, que, cuando sé, creí que había concluido en un triste fracaso mi vida de trabajo y de lucha constante, he podido rehacerme al estampar lo mejor que me fué dado la leyenda patria, y la propia racial del Río de la Plata, que había caído tan inconsultamente en olvido.

Presumo que las suspicacias ambientes podrán buscar en mis líneas e interlíneas alguna cábula, y sonrío. Vosotros que sabeis cuan agarrador es un idealismo, sonreiréis conmigo.

París, 7 de agosto 1927.

P e d r o F i g a r i

NOTAS Y COMENTARIOS

HOMENAJE A RICARDO GUIRALDES

Al cumplirse otro aniversario de la muerte del gran novelista argentino, los intelectuales uruguayos organizaron un sentido acto a su memoria en el Salón de nuestra Universidad. Varios oradores hicieron la exégesis de su obra, destacando sus más valiosas aristas y tributándole el homenaje de su admiración. En efecto, la personalidad del creador de "Don Segundo Sombra" sigue creciendo para brillar con más claros contornos, de un modo orgánico y definitivo. Cada vez se nos revela con más nitidez la calidad de su conciencia estética y la maduración de los valores humanos que hizo lenta y sabiamente. En sus páginas se desenvuelve dentro de un equilibrio y armonía, la viva realidad de una verdadera y grande obra americana. Es por eso que su nombre siempre tendrá en nuestro interior las más nobles y justas repercusiones. A este acto, vinieron especialmente de Buenos Aires, la señora Adela del Carril de Guiraldes, que leyó varios poemas inéditos de Ricardo y el escritor Jorge Luis Borges.

HOMENAJE A JULES SUPERVIELLE

Fué también un homenaje hermoso el tributado en la Universidad por nuestros intelectuales al gran poeta que tuvimos a nuestro lado por una pequeña temporada. Dentro de un ambiente numeroso y al mismo tiempo íntimo, el escritor Gervasio Grillot Muñoz leyó algunas páginas sobre la personalidad y la obra de Supervielle, refiriéndose a su situación y aporte en la poesía contemporánea. Supervielle leyó a continuación algunos poemas de "Gravitation" y "Le forsat innocent" además de una leyenda inédita de su próximo libro "Le boent et l'ane devant la crèche". — Su voz lenta, como nacida entre temborosos ritos, derramaba sus versos que eran recogidos dentro de un gran silencio. Es que no sólo Supervielle es un gran poeta en su obra, independiente de él mismo. Lo es también en su presencia y en su amistad. Su contacto personal nos da, a leves golpes de intuiciones, los maravillosos movimientos de su alma en su vida y en su verso. Su breve estancia entre nosotros fué todo un acontecimiento. El mismo día de su homenaje en la Universidad, la Cruz del Sur organizó entre los escritores una cena de despedida, a la que concurrieron cerca de sesenta personas.

LIBROS RECIBIDOS

JULIO SUPERVIELLE

Los escritores Humberto Zarrilli y Juan M. Filartigas han editado un número de homenaje al poeta Julio Supervielle, con motivo de su reciente visita a Montevideo.

Figuran en este número colaboraciones de Emilio Oribe, Rainer María Rilke, Pedro Leandro Ipuche, Humberto Zarrilli, Francisco Espinola, Carlos Alberto Garibaldi, Gervasio Guillot Muñoz, Juan M. Filartigas, Julio Supervielle, José Piccatto.

Este número único ha sido distribuido entre nuestros escritores y artistas, y significa un honroso reconocimiento al autor de "Gravitations".

FUGA

Novela, por E. de Salteráin Herrera. — Montevideo.

"Fuga" es un libro de construcción plasmada dentro de un sintetismo propio de la hora literaria que vivimos. Encontramos en él:

Paisajes, físicos y espirituales; velocidad, estilización. Esquematismo, ante todo. Personajes representados en sus líneas esenciales, a veces apenas marcadas. Casi ausencia de argumento... El drama espiritual de Alvaro, de Inés y de Nina tan solo se presiente, o se despunta, dejando a la imaginación del lector la tarea de completarlo. No hay sangre, no hay gritos. Todo, dentro de un marco sobrio, apretado, sugerente, incompleto de expreso.

"Refracciones" es una interpretación poética, "fruto del talento de la autora".

Toda la novela es de movimiento interno, con

atisbos psicológicos un tanto desconcertantes, reflejo fiel de lo que en la vida pasa, donde la norma y lo preestablecido casi siempre fallan.

Alvaro es de la estirpe de los soñadores que por conservar intacto un ensueño, renuncian a la realidad que pudiera encarnarlo... y empuñecerlo también. El mismo se define así: "Yo soy el hombre que tiene la llave de una puerta que no existe".

Anotamos dos calidades de valor indiscutible en "Fuga": Subjetividad, síntesis.

R. R. S.

REFRACCIONES

Por María Elena Muñoz.-Editorial C. D. S.-Montevideo 1929

Damos a continuación esta página de César Tiempo sobre el último libro de nuestra editorial, titulado "Refracciones", obra de María Elena Muñoz, de quien José Pedro Bellán ha dicho:

Es una de las mentalidades de nuestra lírica que "mayor respeto me imponen. De cuantos libros me llegan en estos días, "Refracciones" con ser tan pequeñito en cuanto a extensión, tiene un carácter excepcional. Excepcional por dos motivos: por la calidad y por la característica de la forma. Comprendo perfectamente la preocupación de la autora para darle nombre. Pero ha acertado.

Es un trabajo bien suyo. La mayor amplitud mental y ese ritmo de belleza severo, belleza en la soledad y en el recogimiento.

Cansinos Arsen, en su magistral ensayo sobre el génesis de la crítica, dice textualmente: " Toda crítica es un acto de devoción a los hermanos cuando se la ejerce así, por un noble deseo de

comprender, no por un innoble sentimiento de envidia. La lira que hasta ahora dijo las cosas personales, apréstase a cantar los misterios agenos; pero va a conservar su tono lírico y su bella exaltación para la belleza. Y cuando el poeta, cambiado así generosamente en crítico, inclinado sobre los castillos de los hermanos, encuentre allí una estrella, lo anunciará con un grito de júbilo, como si esa estrella la encontrase en el cristal de su propio sueño.

Pero en todo momento su actitud será la actitud devota del que inicia un largo paseo ante los altares, para escrutar la viveza y altitud de las llamas; la actitud devota del que se inclina sobre la noche o sobre el mar".

María Elena Muñoz parece haber subrayado esas palabras con su libro, que es una suerte de rapsodia instrumentada sobre agenas voces.

Después de dos libros de versos — bien significativos como "Horas mías" y "Lejos" — la artista ha querido signar la refracción suscitada en su espíritu por el haz luminoso de cuatro poemas.

Ni críticos ni glosas: reeserciones enervorizadas de una sensibilidad vibrante, de una inteligencia aguda capaz de percibir la más sutil palpación de una imagen poética y pronunciar la alabanza de su oscuro destino o de su diáfana epifanía.

"Llegar", el poema cósmico de Sabat Erceaty inspira sus mejores páginas, cuya intensidad halla escasa tangencia en la literatura femenina uruguaya.

En suma: un hermoso libro y la revelación de una personalidad excepcionalmente dotada para la disciplina de exégesis.

María Elena Muñoz anuncia "Puñado de Agua", libro de poemas que, a juzgar por lo que conocemos cimentará su prestigio definitivamente. César Tiempo.

VISITAS AL CIELO por Enrique Amorín

El Amorín narrador de Horizontes y Bocacalles, Tangarupá y Las Quitanderas vuelve a la poesía "para escapar de este mundo" pero vuelve después de probar escalas, apurar virajes, enhebrar y compaginar recuerdos iluminados y estampas de las dos travesías: la del mar y la de la vida.

Su poemario *Visitas al Cielo* — animado líricamente por una emoción auténtica — se abre con la puerta invisible de la Posada del Sueño. Es ahí que el poeta, en busca de un orden que sea vertebración de sus imágenes, llega a un estado de vigilancia, a una conquista de lucidez que le permite reconocer los sueños errantes en la zona inasible de la memoria.

La certeza de la posesión de los paisajes realzados con ciertos parpadeos anímicos aparece al final del poema:

La posada del sueño tiene una sola llave,
un cerrojo tan solo,
y es única la mano para la única vuelta
Por eso en la posada voy a estar solo siempre.

Esa "posada del sueño" que, en cierto plano es símbolo del yo — del yo irreductible que no admite falaces conviencencias — atrae al poeta y lo lleva a la "reconcentración" propia para dar cosecho mismo.

En el mismo poema hay imágenes tan bellas como estas:

En el cauce del río los sueños se hacen musgo...
¡Quién pudiera guardar los sueños puros
en arcones de agual...

Toda la luz se puede guardar en una estrella,
como en el cielo cabe la dulzura de Dios.

Una presencia de viaje mueve la mayor parte de los Temas de *Visitas al Cielo*: las burbujas de las olas en *Agua y Cielo*; las Nubes de alta mar; la evocación nostálgica del abuelo en el puerto de Lisboa; el sol y los gorriones de las Tullerías; un automóvil por una carretera de Francia; un nocturno con whisky en Cannes; la quietud, las campanas y las golondrinas de Toledo; un bar en León a las tres de la tarde; la mujer de Castilla resguardada por rejas; el paisaje "sin amor y sin consuelo" de la noche pirenaica; la plaza de San Marcos de Venecia; una tarde de nieve en Zurich; un paisaje de Rotterdam, en donde

los barcos van cargando lastre,
hinchándose de viajes y de empresa.

Después de dar la vuelta por la "posada del sueño" como visitador lírico, Amorín sondea un crepúsculo hecho de paisajes subjetivos y medita:

Un cordero (pedazo de la luna),
camina hacia el ocaso enrojecido.
Mi secreto es un pájaro que cruza
levantando las sombras del camino.

Más adelante descubre:

Una noria de pájaros
en el cielo redondo
va a levantar el agua
oscura de este pozo.

Frente al cielo y a la vida se pone "boca arriba" sobre los techos con más descreimiento que quietud contemplativa. Y con suave y ágil humorismo hecho de gráficas correspondencias dice, en *Palabras en círculo* vicioso, cómo ha de conocerse el alma, en la que se mueven las "Teorías de los sueños" y por donde cruzan los recuerdos

... halcones amaestrados
que vuelven sin una presa y nos dañan cantando.

G. G. M.

TRAGEDIA DE LA IMAGEN

Por V. Basso Maglio

Montevideo 1930. — Ante la plástica de Barradas el poeta Basso Maglio se pone en estado creador, madurado por la alta comunicación espiritual que se establece entre el captador de imágenes pictóricas y el lírico cavado de Canción de los pecueños círculos y de los grandes horizontes.

Tragedia de la imagen es la integración de múltiples emotividades en tensión interior la penetración espontánea de la poesía y de la pintura la resultante eficaz de una fecunda búsqueda estética, el enfocamiento de la virilidad en el arte. Basso ha sabido desatar desde un plano superior todas las trayectorias de su ensañamiento colmado, saliendo de su ser para fundirse en todas las contingencias de la duración subjetiva.

Ante el hombre de la Taberna, Basso Maglio siente que el personaje de este tela "desprendiéndose de sí mismo, crea, para adelante, su mesa y su vaso en relación profunda con su vida y, para atrás, no su pasado porque sino estaría desequilibrado, sino el sentido incesante de la imagen; y, si yo me vi precisado a decir atrás y adelante, no he querido referirme a posiciones fugaces sino a fuerza de sujeción desde que, con esta especie de corporización que me dan las palabras, quiero hacer entender que todo el cuadro se desprende de este hombre probando que los que pintan el primer plano y luego el segundo y así hasta el último, jerarquizan una perspectiva convencional, la retórica del espacio, el espacio sin imagen".

El subjetivismo de Rafael Perez Barradas se prolonga y se refuerza en Vicente Basso Maglio, "numera de poeta y gestos de piador".

La noche amista de Barradas y de Basso, de esos dos hombres templados en el impulso realizador y en el desden por todo lo feble, culmina en Tragedia de la Imagen, que no es verdaderamente crítica sino ensanche de estetismo suelto y visión entrañable de la magia de las imágenes, del color y del trasplano desnudo de la pintura.

El poeta Basso termina su lírica monografía con un examen de lo entrañable en el que señala que el arte no tiene leyes temporales y que no habrá nunca desgaste o corrupción o desesperanza en los artistas puros, sino que siempre ha habido el espacio vivo y el espacio muerto, el místico contra el objetivo.

Barradas, el hermano de Lhote en el dominio de las imágenes fugitivas y estremecidas de los barrios marineros, ancha en las reconditas de las conciencias donde siembra la magia de la más pura plasticidad.

A. G. M.

ALLEGRO SCHERZANDO

Por Ofelia Machado Bonnet de Benvenuto

El prologuista consciente que escribe el introito al libro de su mujer se embarca en una aventura peligrosísima en la cual se suele perder el rumbo y a veces se encalla en algún arrecife imprevisto y solapado.

La convivencia y la afectividad crean una humana eeguera, un apasionamiento inevitable que perturba casi siempre el libre juicio del marido sobre la mujer. Pero Benvenuto al enfrentarse con el libro de su compañera ha sabido emancipar con absoluto equilibrio su capacidad de crítico, llegando así a ocupar la posición del espectador reflexivo y despejado de atadidos. En ese estado de espíritu, al prefaciarse el libro de su compañera, Carlos Benvenuto ha logrado preparar con el máximo enfocamiento la actitud de los que saben leer "enérgica y creadoramente". Y aún ha llegado a hacer algo más: ha conseguido penetrar y complementar el libro de su compañera con tal arraigo que prólogo y obra forman un todo inseparable como el pórtico de un templo y el templo mismo.

Leer el libro de Ofelia Machado Bonet de Benvenuto sin el prefacio es algo como entrar en las catedrales de Chartres o de Toledo, o la iglesia de San Lorenzo de Nuremberg sin ver previamente con toda detención los portales estremecidos de honda devoción gótica que las preceden y que establecen la comunicación indispensable del hombre con el arte.

La calidad de pensamiento de Benvenuto ha sorprendido a muchos por la expresión densa y por consiguiente oscura que usa en las Concreciones. Pero tal sorpresa es hasta cierto punto explicable cuando no se sabe que Benvenuto es difícil por exceso de probidad puntualizadora, por escrúpulo de ajuste, por deseo de sinceridad y por un difícil encadenamiento de conceptos que le es propio.

"Otros piensan con sencillez; Benvenuto lo hace en barroco", dice Morena no como reparo sino como observación para tener en cuenta, y Nicasio del Castillo agrega: "Benvenuto tiene el carácter inundado de infinito". Pero esa inundación de infinito y ese barroquismo, lejos de ser inhibitorios han hecho de este auténtico buscador de idealismos un pensador templado en la alegría desvolante de la sabiduría y de la bondad y en la seriedad tremenda de quien se pone frente al Cosmos sin tambalearse ni perder contacto con la acción ni con el optimismo. Por otra parte el prologuista declara convencido que el esoterismo es algo inherente al pensamiento y aún a la vida.

Ofelia Benvenuto con acuidad afirmativa toca y atraviesa las zonas del ensomamiento para vol-

car luego toda la esencia de lo lírico, para encender la luz estremecida de su concavidad íntima, para mostrar las modalidades de su percepción atendida en todas las vertientes, en todas las radas del espíritu. Y ve que "el fuego es la lluvia del hombre hacia Dios", y se encuentra con el que "bailó sobre el borde del ensueño tardío", y luego con el que "cantó hasta violentar a la Noche", antes de emprender la búsqueda del que "desprendió todas sus músicas enfurecidas".

En el poema Oído establece la sutil correspondencia de la distancia, de la música y de la amistad, y frente a Ipuclie siente la "concomión soterránea" y "el andar de raíz" del poeta.

Embebida en lo que Sabat tiene de más humano, fuerte y cósmico, Ofelia Benvenuto interpreta en su crítica concisa y lírica el impulso avasallador de ese poeta. Y para ésto, ella dice previamente: "Condición fundamental para todo crítico es la vehemencia, o sea, la capacidad de salirse de sí, entrando en sí".

Ofelia Benvenuto busca y sondea la vía de la máxima plenitud a fuerza de impulso y de meditación.

A. G. M.

Rocinante vuelve al camino. — Por John dos Passos.—Editorial "Cénit". Madrid. — Hace poco acusamos recibo de "Manhattan Transfer", la gran novela neoyorkina, primera de las obras de Dos Passos traducida a nuestro idioma. Recibimos ahora este otro libro que muestra al autor en un aspecto completamente distinto pero no menos meritorio. Trátase de una colección de artículos sobre España, tierra que a Dos Passos agrada tanto como a su compatriota Waldo Frank. Hay en ella descripciones magníficas, observaciones llenas de sprit, críticas acertadísimas, intuiciones casi egnales. A través de esos artículos desfilan paisajes típicos, costumbres, masas populares, escritores, rincones tradicionales, verbenas, ruinas, etc., todo lo que de interesante guarda el sabor fuerte, agrio y original de España a la curiosidad extranjera. Pero dos Passos no está conforme, y no pudiendo ya modificar el texto, escrito hace diez años, añade este acépite: "Quisiera haber dicho algo de los chicos que juegan a la corneta en Jaén; de los poemas de Antonio Machado, modelados con tierra de Castilla; de los pájaros enjaulados que cantan en las estrechas calles de Cartagena; de los lanostinos que se comen a las tres de la mañana en la puerta del Sol; del vaporcito lleno de vino que pasean por Pamplona y Salamanca durante las fiestas; de la vendimia de Mérida y de la enorme botella dentro de la cual se puede comer, allá, en las afueras de Sevilla; de Valle Inclán, del Greco y de Nuño González; de cómo Maera ponía las banderillas por dentro apoyado contra la barrera; de la lucha entre amarillos y sindicalistas en Barcelona; de la música de Falla y, sobretodo, de Bobadilla. Me hubiera gustado hablar un poco de cómo se come entre tren y tren en aquella estación que solía estar llena de moros y de ingleses, de franceses y de judíos marroquíes, de aquella época, encrucijada de las Españas y los siglos que es la estación de Bobadilla, donde todo el mundo trasborda."

El Desfalco. — Por Valentín Kataev.—Novela.—Editorial Cénit. — Madrid. — La revolución rusa no ha producido solo poetas de combate y escritores trágicos, sino también humoristas, como este Kataev, autor de "El Desfalco". Esa larga y ridícula aventura del cándido Felipe Stepanovich, conducido al abismo por el astuto Vanitka, es solo posible en la Rusia actual en la que el Estado es el único patrón del que no es posible escapar en caso de haber cometido una infidelidad. Empleados del Estado acaparador de todas

las actividades, ambos se gastan, uno consciente y el otro inconscientemente, el dinero de los compañeros, con mujeres de dudoso perfil, truhanes y aprovechadores, que los hay allá como en todos lados. Episodios sabrosos a vuelta de cada página; crítica sutil del régimen puesto en solfa en detalles y escenas; vida burguesa facilitada por la magia de las monedas sonantes en el fondo de los bolsillos. Y después de un viaje absurdo, lleno de sobresaltos y pintorescos episodios, la cárcel abriéndose en el fondo como refugio obligado, como única salida del estrecho callejón en que se han metido los protagonistas. Cinco años entre rejas como castigo de una travesura, de un desahogo casi fisiológico en medio de una regimentación sin piedad. Todo esto contado en un estilo sobrio y limpio, sin insistir en inútiles descripciones; tallado en diálogos en que las palabras no sobran, y atravesado por una sonrisa continua que acompaña del principio al fin a los héroes envolviéndolos en un manto de cordial simpatía. Al fin y al cabo, dentro de lo absurdo de la fábula, ellos también, como el pretensioso Edipo, son víctimas de la fatalidad, así, con mayúscula.

Filosofía del supranacionalismo, por Víctor J. Guevara. — Biblioteca "Ideólogos indolatinos." — Lima-Perú.—Libro interesantísimo de densa doctrina cuya síntesis y comentario escapan necesariamente del límite de estas notas. El señor Víctor J. Guevara, de rneombre continental por efecto de otras obras de parecida orientación ideológica indoamericanista como "El problema del Pacífico" y "Hacia Indolatina", expone y desarrolla con excelente método lógico, en este volumen, su teoría del "supranacionalismo" que resume en estos párrafos: "hay un orden en la vida humana que es ilegible, porque es superior y causa de toda ley positiva donde se ejerce la virtualidad propia de la especie, más allá de la libertad y de toda institución de cultura; que aún dentro de la vida social reglable hay derechos primordiales que son la causa y el fin del Estado y de la Sociedad. Que, por consiguiente, hay base para fundar la supranacionalización de algunos grandes intereses y servicios, como el de la prensa, en bien del hombre, es decir, para el reconocimiento consciente y positivo por los Estados del carácter supranacional de dichos elementos y para la institucionalización de un organismo internacional que haga efectiva la supranacionalización y expida las disposiciones de fomento y seguridad que deben cumplir los Estados en sus respectivas jurisdicciones y en su obra conjunta". Para Víctor Guevara la supranacionalización debe iniciarse por la prensa, que es la representante, la voz de las opiniones nacionales y sin la contribución de la cual nunca podrá llevarse a cabo esa federación de nacionalidades indolatinas con que sueña y a cuya causa se ha entregado por entero. La necesidad cada día más imperiosa de una estrecha unión continental o racial, no la desconoce nadie. Lo que falta es una proposición concreta que pueda unificar esas ansias dispersas y darles estructuración y solidez suficientes para que el ideal tome la debida consistencia y se convierta en realidad. La contribución del Dr. Guevara es de las más sobresalientes y puede ser de las más eficaces, ya que el camino que señala es uno de los más indicados para el logro de semejante conquista.

Mapa de la poesía — 1930. Los nuevos valores del Uruguay. Por Juan M. Filartigas.

No hay, posiblemente, en toda la actividad literaria empresa más difícil y más ingrata que la de Antología. Encarándose dicha empresa con un criterio personal, se corre el peligro de hacer otra

imperfecta y discutible. Si se encara con un criterio ecléctico, se llega al "pastiche" incoloro e inodoro; al agrupamiento sin ton ni son. Montero Bustamante y Falcao Espalter han hecho antologías que caben en esta última denominación. Pereda Valdés es autor de la otra clase, en la cual se empeña en que el primer temperamento poético que ha existido en el Uruguay, fué Herrera y Reissig. Juan M. Filartigas, laborioso aunque no suficientemente estudioso sigue esas huellas. En su reciente libro — "1930" — acusa un evidente apresuramiento que es oportuno indicarle, fuera de sus excelentes dotes de seleccionador, que quedan también claramente demostradas. En su antología sobran algunos nombres que no son de 1930, y faltan otros. No vamos a concretar porque no vale la pena y porque agitaríamos inutilmente el "camuflé" de la poesía nacional, ya demasiado superexicitado. También de hemos reducir este breve comentario a la censura de lo malo y al silencio de lo bueno, como es costumbre. Filartigas tiene dotes suficientes como para darnos un panorama completo y ecuanímo del estado actual de nuestra poesía. Su libro lo prueba. Pero, lo repetimos, se trata de un libro un poco improvisado y ello, como no podía ser de otra modo, le resta méritos y eficacia.

Todo esto dicho leal y amistosamente.

Sueños. — Versos de María Cruz Díaz Velis

Las condiscípulas de esta suave niña, malograda en el albor de su juventud, han publicado este libro, raro y reconfortante testimonio de amistad y de admiración. A través de sus páginas se trasparenta un alma delicada y triste, impregnada de melancólicos recuerdos y tendorosa en su resignación como una flor que sabe que su destino ha de ser el de ser cortada prematuramente. María Cruz Díaz Velis, alma armoniosa, nacida para el canto, hiló sus estrofas instintivamente como el gusano su capullo, sin preocupaciones estéticas y sin afanes de modernidad. Estos versos oíen de su riqueza emocional brutalmente malograda por la sombra definitiva. Queda el perfume de ese espíritu fino y cándido defendiendo su doliente memoria a través de la sucesión de los días impasibles.

Cuando se termina la lectura del libro, queda la convicción de que "allí había algo", algo que no ha tenido espacio para manifestarse en toda su generosidad y madurez. Dos compañeras suyas del Instituto Normal, Ana María Ros y Elena M. Castagnetto nos hablan con palabras húmedas en lágrimas de María Cruz Díaz Velis, estrellita apagada a los diez y nueve años, cuando la vida comenzaba a sonreírle con todas sus promesas de amor...

Baltoncito. — Novela para niños, por Francisco Espinola (hijo). — Ilustraciones de Luis Scopiní — Montevideo. — Francisco Espinola, recio escritor de escenas de nuestro campo, hurgador en psicologías y tragedias, y poeta de fuerte rai-gambre, de acento místico e inspiración en hondura, ha escrito, a la manera del maestro Andersen—cuyo centenario celebramos en este año,— una linda historia de "baltoncito", sapito que abandonando el charco en que vegetaba con su madre, se lanza a recorrer el mundo llevado por un irrefrenable impulso de vivir. A aplicar la moraleja que se puede extraer de esta entretenida historia para pequeños y grandes, la felicidad sólo será posible para los insatisfechos y los ensoñadores, que rompen todos los lazos y se lanzan ilusionados a la busca de lo que ni siquiera pueden concretar. Hay aquí, como en todos los cuentos maravillosos, personajes buenos y malos, reyes y cortesesos, soldados, desfiles santuosos, palacios

encantados, jueces ridículos, madres amorosas y ancianos sabios y tolerantes. Todos los elementos clásicos de la fantasía, pues, y además hay paisaje y hay diálogo, maneado con soltura y maestría poco comunes. Al final Saltoncito, que nunca ha hecho mal a nadie, ve colmados sus deseos al convertirse nada menos que en príncipe, sus padres en reyes, y casándose con la más hermosa joven del mundo. Su historia amable y sugestiva hará la delicia de los pequeños lectores a quienes está dirigida, los que aún cuando no develen su símbolo gustarán de su encanto sugestivo y profundo. Las ilustraciones de Scopinio no nos agrada. Las encontramos demasiado recargadas y detallistas. Hubieran bastado unas líneas, las fundamentales; los niños se encargan siempre de poner a su albedrío, lo demás.

Cómo se forma un pueblo. — La Rusia que yo he visto—Por Rodolfo Lloypis.

Rodolfo Lloypis es un hombre moderno y dinámico por los cuatro costados. Maestro sobresaliente, propagandista de los más avanzados postulados de la Escuela Activa; sociólogo avezado que milita en avanzadas ideologías políticas; viajero incansable y curioso siempre dispuesto a asimilar lo más interesante y sustancial de lo que ve. Hace muy pocos días que se embarcó para su país después de residir en los países del Río de la Plata durante unos meses. Este viaje a América le será a él y nos será a nosotros de mucho provecho, y ya quisiéramos que todos los viajeros que nos visitan, fueran de su jerarquía intelectual y de sus facultades de comprensión. Su libro "La Rusia que yo he visto", nutrido e interesantísimo, ligero a la par que profundo, nos habla bien altamente de sus excepcionales condiciones, de su amplia cultura y de su amplio criterio. No se trata de un libro ditirámico ni de un libro condenatorio. Lloypis, hombre optimista, ha visto una Rusia en la que comienza a dar frutos un régimen nuevo aplicado con salvaje energía e inquebrantable fanatismo, sin lo cual no es posible obtener nada en el sentido de las grandes reformas sociales. Interesantísimas son sus descripciones de la obra pedagógica de los revolucionarios rusos, los cuales, midiendo exactamente el valor del arma, han convertido la escuela primaria en el más seguro medio para la bolchevización del país entero. Podrán discutirse los fundamentos morales y aún los pedagógicos de semejante reforma que adquiere todos los caracteres de una reforma dogmática. Pero no puede negarse la importancia de la obra emprendida y sus consecuencias para el porvenir. Lloypis es un magnífico "cicerone" que nos conduce a través de paisajes y realizaciones encantándonos continuamente con la oportunidad de su palabra y la agudeza de sus observaciones. En muchos sentidos este es un libro único cuya lectura aconsejamos a todos los que tienen interés por saber lo que sucede en Rusia, especialmente a los políticos y a los maestros, no siempre debidamente informados de lo que allí acontece.

La verdad sobre Rusia, por Vidal Mata.—Buenos Aires.—He aquí otro libro sobre Rusia, que fuera de toda duda, constituye el país más interesante del mundo en nuestra época, debido a la gigantesca experiencia de un orden social nuevo que allí está realizándose. Pero este es un libro muy distinto del anterior desde que su autor, delegado de la Alianza Libertaria Argentina en la Unión Soviética, ha visto las cosas a través de un prisma sistemático, encontrándolo todo de acuerdo con sus deseos. Según Vidal Mata la Rusia actual es un verdadero paraíso proletario, una anticipación brillante de lo que será la humanidad de mañana redimida de todas las imperfecciones sociales y económicas del pasado y del pre-

sente. Vidal Mata es anarquista, y su libro presenta hasta cierto punto una tentativa de reconciliación entre el anarquismo y el soviétismo, que como es sabido no hacen buenas migas. Qui-tándole lo que puede achacarse a "parti-pris", este libro es muy valioso por la extensa documentación que contiene y por la revelación de ciertos aspectos para nosotros desconocidos de la acción soviética que se hace sentir en todos los órdenes de la vida colectiva, tanto en la ciudad como en el campo, en la usina como en el ejército, en la escuela como en el laboratorio. Es interesante también todo lo relativo al famoso "plan quinquenal" de desarrollo económico y a la cuestión agraria, colectivización de la tierra, lucha contra los "kulaks", etc. La obra está ilustrada con multitud de fotografías que acompañan y completan el texto. En conjunto, un esfuerzo meritorio, aunque de carácter marcadamente sectario, por lo cual no participamos de sus conclusiones.

SCHKID

La república de los Vagabundos.—Belyk y L. Pantelev.—Editorial «Centi», Madrid.

Una pequeña república de grandes vagabundos. Individuos tenebrosos que han saboreado la cárcel, el calabozo... se han dado cita en el Schiz. Helos ahí, en la Escuela Dostviewki: delincuentes de ocho, diez y hasta doce años de edad. En el chid, y jóvenes delincuentes? Qué importa! Aquí son todos camaradas. El director Vikniksor, sí, Vikniksor en persona, ante todas las clases reunidas dice: "Muchachos! Hasta hoy no ha habido en nuestra escuela una verdadera organización. Nuestra escuela es una república y en una república el poder debe residir en el pueblo". Y la república queda constituida, en medio de un entusiasmo sin límites. Entonces sí, cada schkida se siente ciudadano, la república vive, trazando su historia de lucha y pasiones... El presidente se vuelve dictador, para convertirse después en emperador y el Schkid es ahora el gran imperio de Hooligandia con sus ejércitos y guerras, con sus revoluciones y golpes de estado... Todo es además acompañado por una fiebre periodística: hay casi tantos periódicos como lectores. Pero un buen día todo se acaba: ha llegado el fin: todo cae en el olvido. Y el Schkid apasionado, se orienta en otro sentido. ¡Estudian! ¡Queremos estudiar política, que venga un profesor de política! Pero tampoco es esto lo que los chkidas quieren.

¡Soñar!... Porque el tiempo pasa y hay que despedirse del Schkid...

Pero todo es descrito con un vivacidad que parece va estallar y derramar episodios vivos. Estos chkidas, Belyk y Pantelev, han escrito la historia de la República de los vagabundos, cuando sus ciudadanos precisamente dejan de serlo. Parecía una república de ex vagabundos, si no se atinara a enfocar, pero dejando simplemente entrever, el espíritu vivo y rebelde, la fuerza interior estremecedora que despeja por allá lejos un horizonte de promoción a cada schkida descalzo y hambriento. Primero comienza a introducirse como sueño acariciador en las primeras clases. Pero en la última, concluye por ser un problema y una pesadilla: ¡hay que separarse del Schkid, de Vikniksor! Hay que tomar la vida en serio!

Y hay un instante en que los de la clase superior vuelven a sentirse niños... Esas luchas interiores son solamente presentadas por los autores, sin internarse en ellas al llegar aquí hacen alto, dejando solo al lector

Es una historia, cronológica, debajo de la cual hay una trama de hilos sutilísimos y llenos del Espíritu... que los autores pasan por encima.

I. K.

LIBROS DE NUESTRA EDITORIAL

Luciano y los violines.—Cuentos por Luis Giordano.—Montevideo, 1930—Editorial «La Cruz del Sur».

Después de *Rosal* y de *Suicidio Frustado*, Luis Giordano, virtuoso del relato breve ha publicado un nuevo volumen de cuentos que comprende: *Luciano y los violines* (el cual da nombre al libro) *Salomé* y *Suicidio Frustado*, narración aparecida anteriormente en plaqueta de lujo ilustrada con xilografías de Castellanos Balparda.

Una vez más, Luis Giordano muestra su destreza de jugar para animar personajes y cuadros de una fantasía fotogénica, donde caben todas las audacias del surrealismo.

Giordano crea con síntesis instintiva y utiliza

los datos suministrados por el sueño y la añoranza de los viajes a través del tiempo y del espacio tomados en su doble aspecto de objetivos y subjetivos.

La reciente andanza de Luis Giordano por Europa ha tenido la fecundidad lógica que todos esperábamos. De ahí la consistencia de la reciente obra *Luciano y los violines* que acaba de enriquecer nuestra editorial.

El espíritu ágil de Giordano ha sabido vibrar sonoramente desde los bar de *Unden den linden* hasta los *colmaos* de Andalucía, y estas vibraciones se exteriorizan en la producción literaria de este auténtico buscador de nuevos panoramas estéticos.

OTROS LIBROS RECIBIDOS

Escritos políticos y sociales. Juan Antiga. Madrid.

Misceláneas. Carmen Piria. Montevideo.

En la tribuna de la revolución. Discursos. Ezequiel Padilla. Editorial Cultura. Méjico.

Rutas luminosas. Poemas. Rodríguez Legrand. Montevideo.

Cuatro de infantería. Ernst Johannsen. Editorial «Cénit». Madrid.

La internacional sangrienta de los armamentos. Otto Lehmann. Editorial «Cénit», colección «Panorama». Madrid.

Fábula de Ates y Galatea. Sonetos, por Luis Carrillo Sotomayor. (1583-1610), Prólogo de Pedro Henriquez Ureña. Cuadernos de «Don Segundo Sombra». La Plata. Rep. Argentina.

Proceso intelectual del Uruguay, por Alberto Zum Felde. Tres tomos. Montevideo.

Romance del gaucho perdido. Tres poemas, por Angel Aller. Editorial Cartel. Montevideo.

Nuevos valores plásticos de América. Figari. Ediciones «Alfa». Buenos Aires.

Fosforescencias. Versos, Max Henriquez Ureña. Ediciones «Archipiélago». Santiago de Cuba.

Paroles Argentines. Jean Paul Echague. Editions Le Livre libre. París.

Artigas y la revolución americana, por Hugo D. Barbagelata. «Editions Exceelsior». París.

Sobre la época de Artigas, por Hugo D. Barbagelata. Imprimerie Fernand Michel. París.

Intemperie, por Fermán Silva Valdés. Palacio del Libro.

Ante el problema agrario peruano, por Abelardo Solís. Editorial «Perú». Lima.

Mis andanzas por Europa, Charlie Chaplin. Editorial Cenit. Madrid.

Cuarto creciente, César Cáceres Sentillana. «C. Y. A. P.» Madrid.

El clamor de los desiertos, J. Isern. Habana. Cuba.

Cartones de Castilla, F. Guillén Salaya. Madrid. *Frvolas.* Novelerías dialogadas. Julio A. Quezada. Buenos Aires.

La economía mundial y el imperialismo, por N. Bujarin. Editorial «Cénit». Madrid.

Un patriota 100 por 100, por Upton Sinclair. Editorial «Cénit». Madrid.

El torrente de hierro, por Alejandro Serafimovich. Editorial «Cénit». Madrid.

**Evite la humedad de las paredes
impermeabilizándolas
con**



**Solicite una
demostración**

CERRITO 688 - Tel. Cooperativa 765-MONTEVIDEO

Editorial

"La Cruz del Sur"

DON JUAN DERROTADO. — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS.

LA SALAMANDRA. — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS. — (Premio Nacional de Teatro, 1926).

EL ROSAL. — (Cuentos). — LUIS GIORDANO.

LEJOS — (Versos). — MARÍA ELENA MUÑOZ.

MISAINÉ SUR L'ESTUAIRE. — (Versos). — GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

LA GUITARRA DE LOS NEGROS. — (Versos). — ILDEPONSO PEREDA VALDÉS.

RAZA CIEGA. — (Cuentos). — FRANCISCO ESPÍNOLA (hijo).

LA "CRUZ DEL SUR" — Crítica poética — JUAN M. FILARTIGAS

EL HOMBRE QUE SE COMIÓ UN AUTOBÚS. — (Versos). — ALFREDO MARIO FERREIRO.

ODAS VULGARES. — (Versos). — ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIÁN.

CINQ POÈMES NÈGRES. — (Versos). — ILDEPONSO PEREDA VALDÉS.

EL HOMBRE QUE TUVO UNA IDEA. — (Cuentos). — ALBERTO LASPLACES.

INTERPRETACIONES ESQUEMÁTICAS SOBRE HISTORIA DE LA CONQUISTA Y LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA. — Por EUGENIO PETIT MUÑOZ.

CONCRECIONES — En el pensamiento, en la acción y en la literatura. — (Artículos). — CARLOS BENVENUTO.

1 CUENTO DE GIORDANO Y 3 MADERAS DE CASTELLANOS BALPARDA.

REFRACCIONES — MARÍA ELENA MUÑOZ

LUCIANO Y LOS VIOLINES. — L. GIORDANO.

PÍDALOS
EN TODAS LAS LIBRERÍAS

P R O F E S I O N A L E S

<p style="text-align: center;">HECTOR GERONA Escribano Cerrito, 464 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">GUSTAVO B. AMORIN Ingeniero Cerrito 685 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">MARIO ESTEBAN CRESPI Abogado Piedras 542. 1.er piso. Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">ANTONIO M. GROMPONE Abogado 25 de Mayo, 389 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">JUAN DAQUO Escribano Zabala, 1425 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">ALFREDO CARBONELL DEBALI Abogado 18 de Julio, 914 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">PABLO FONTAINA Contador Misiones, 1430 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">ETCHEVARNE, CIURICH Y BOMIO Arquitectos - Contratistas Teléfono: 1647, Córdón Mercedes, 1709 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">Alberto Demichelli y Sofía Alvarez Vignoli de Demichelli Abogados Estudio Sarandí 363 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">AGUSTIN MUSSO Abogado Misiones, 1486 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">OMAR PAGANINI ROCAMORA Agrimensor Teléf. La Uruguaya, 698 Agnada Lima, 1860 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">JORGE M. CHAPUIS Agrimensor Sarandí, 689 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">LUIS GIORDANO Abogado Cerrito 444 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">FELIPE LACUEVA CASTRO Agrimensor Ellauro, 1257 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">DOMINGO ARENA Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">JOSE LUIS DURAN RUBIO Abogado Misiones, 1379 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">ABDRUEAL DELGADO Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">ENRIQUE JOSE MOCHO Abogado Sarandí, 444 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">ALFEO BRUM Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">JUAN QUAGLIOTTI Médico Cirujano Misiones, 1319 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">LUIS MATTIAUDA Escribano y Contador Misiones 1430 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">MANUEL BAUZON Asuntos Judiciales Estudio: Domicilio: Misiones, 1486 Av. 8 de Octubre, 3300</p>
<p style="text-align: center;">JOSE MARIA DELGADO Médico del Hospital Pasteur Consultas: de 14 a 15 y 1/2, menos los jueves 8 de Octubre, 2693 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">HELIO SIERRA Dentista Municipio eq. 18 de Julio Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">C. SALVAGNO CAMPOS Abogado Estudio: De 3 a 5 25 de Agosto, 406 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">JUAN ANTONIO SCASSO Arquitecto Cebollati, 2014 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">RAUL E. BAETHGEN Abogado Estudio: Palacio Braceras Itusango, 1469 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">RICARDO E. AMILIVIA Escribano Rincón, 438 Escrit. 21 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">Eusebio Boix y Horacio Terra Arocena Arquitectos Misiones 1474 Montevideo</p>	<p style="text-align: center;">FRANCISCO F. BOCCA Médico Cirujano Comercio, 1979 Montevideo</p>
<p style="text-align: center;">AMERICO MOLA Médico, especialista en enfermedades de niños Mercedes 1226 — Teléf. 1447 Córdón</p>	<p style="text-align: center;">Dr. FRANCISCO M. PUCCI Cirujano Dentista J. Herrera y Obes 1379 Montevideo</p>

INDICADOR DE REVISTAS LITERARIAS

ALFAR

Director: Julio J. Casal. — Redacción: Presidente Berro 2481, Montevideo.

CARTEL

Dirección: Julio Sigüenza y Alfredo Mario Ferreiro.
San José 870 — Montevideo.

LA PLUMA

Director: Alberto Zum Feide. — Boque Graceras 622, Montevideo.

NOSOTROS

Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti — Lavalle 1430 Buenos Aires.

SINTESIS

Director: Martín S. Noel — Patricios 1750, Buenos Aires.

Movimento Brasileiro

Director: Renato Almeida. — R. D. Manuel 62. — Rio de Janeiro — Brasil.

Folha Académica

Rua Lavradio 60—Rio de Janeiro—Brasil.

Repertorio Americano

Director: J. García Monje. — Apartado 533 — San José — Costa Rica.

AMAUTA

José Carlos Mariateguy. — Fundador. — Casilla 2107 — Lima—Perú.

1930

Directores: Francisco Ychaso, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, José Z. Tallet. — Apartado 2223, La Habana — Cuba.

Revista de la Habana

Director: Gustavo Gutiérrez.—Obispo 89 (altos) — La Habana — Cuba.

L' Amerique Latine

Organo en Paris de las naciones americanas. — 9 y 11 Rue Victor Emmanuel III — Paris — VIII.

PORTUCALE

Directores: Augusto Martins, Claudio Basto, Pedro Vitorino. — Rua dos mártires da liberdade — Lisboa Portugal.

Revista Bimestre Cubana

Director: Fernando Ortiz.—Calles L. y 27 a. — Habana — Cuba.

INDICE

Junta de Redacción: Antonio R. Pedreira, Vicenta Gáigel Polanco, Samuel R. Quiñones, A. Collado Martell.—Apartado 222.—San Juan de Puerto Rico.

Revue de l'Amérique Latine

Directeurs: Ernest Martinencha, Charles Leuca. — 11 Boulevard Poireux — Paris (17).

PRESENÇA

Directores: Branquinho Da Fonseca, José Gaspar Simoes, José Regio. — Rua Ferreira Borges — Oeiras — Portugal.

La Gaceta Literaria

Directores: E. Juanes Caballero y Pedro Sainz Rodríguez. — Principe de Vergara 42 y 44 — Madrid — España.

MERCURIO PERUANO

Director: Alberto Ureta. — Apartado 175. — Lima — Perú.

La Cruz del Sur

REVISTA MENSUAL DE ARTES E IDEAS



Número suelto \$ 0.25



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CERRITO, 688 — Teléf. Cooperative, 765

MONTEVIDEO (República O. del Uruguay)